

#49 / 2024 ABRIL

arteka

**LOS
COMUNISTAS
FRENTE AL
PARLAMENTO**

GEDAR

— El debate en torno al parlamentarismo, desde una óptica comunista, tan solo puede ser resuelto de manera subordinada a la estrategia por la Revolución Socialista Mundial. Si se carece de esta, no hay debate que valga. Las posiciones confrontadas en el seno de la III Internacional responden a y pueden ser explicadas por –aunque ello no agote su explicación– el estado de desarrollo diferenciado de la revolución mundial según diferentes países. Así, si la revolución bolchevique, en primera instancia, se da como golpe político-militar en una situación de descomposición del estado derivada de la crisis bélica de la I Guerra Mundial, en Occidente, en situación de contexto bélico similar, las condiciones revolucionarias difieren ligeramente: la amplia organización de masas proletaria con largo recorrido democrático, derivada de un desarrollo más extensivo del capitalismo y una mayor experiencia acumulada del proletariado, abre la puerta a una confrontación revolucionaria en otros términos y a una extensión de la democracia y la representatividad en un sentido proletario más acorde a los principios más desarrollados del comunismo.

Marca de bala en la ventada del Palacio de Invierno (octubre de 1917)

Autor — **Desconocido**

Lugar — **Petrogrado**

Contenido

6

EDITORIAL

Arteka

**Parlamentarismo y
revolución**

10

COLABORACIÓN

Alex Fernandez

**Comunismo y
Parlamentarismo**

26

COLABORACIÓN

Mikel Kaltzakorta

**Volverán a ganar los
de siempre: algunas
reflexiones alrededor
del contexto electoral**

40

REPORTAJE

Arteka

**Entre las balas y los votos:
táctica comunista para la
toma del poder político**

60

OPINIÓN

Lurdes Ondaro

Decidir

62

**HISTORIA
REPORTAJE**

Nahia Santander

**Socialistas y votos:
un repaso histórico
de la cuestión del
parlamentarismo**

Parlamentarismo y revolución

Editorial

Era 1905. En Rusia había estallado la revolución. Obreros y campesinos salieron a la calle, organizaron huelgas, motines y continuas protestas que se extendieron durante días y meses. Como consecuencia, el Zar Nicolas II se comprometió a establecer una monarquía constitucional y llamar a la Primera Duma de 1906, lo que implicaba la convocatoria de elecciones democráticas. Los bolcheviques, con Lenin a la cabeza, y a los que esta primera revolución cogió por sorpresa, llamaron a la no participación en las elecciones y a su boicot.

En 1905, con la revolución en pleno auge, los bolcheviques llamaron al boicot parlamentario, mientras que, en 1907, con la revolución en plena retirada, participaron en las elecciones parlamentarias. Hay, sin embargo, un hilo conductor en estos hechos: la participación bolchevique siempre estuvo unida a las posibilidades revolucionarias

En 1907, con la revolución ya apagada y con la retirada masiva de los revolucionarios de las calles, fue convocada la Segunda Duma. Los bolcheviques decidieron participar. Fue una Duma de corta duración, de apenas unos meses. El Zar ordenó su disolución y la detención de los ministros bolcheviques, apoyándose en que estos últimos empleaban la tribuna parlamentaria para llamar a la revolución.

Algo había cambiado en dos años. En 1905, con la revolución en pleno auge, los bolcheviques llamaron al boicot parlamentario, mientras que, en

1907, con la revolución en plena retirada, participaron en las elecciones parlamentarias. Hay, sin embargo, un hilo conductor en estos hechos: la participación bolchevique siempre estuvo unida a las posibilidades revolucionarias. No tenía sentido alguno llamar a la participación parlamentaria y a su legitimación en un momento en el que las masas se estaban lanzando a la revolución. Sin embargo, en una situación de repliegue, en 1907, llamaron a la participación, pero siempre con el objetivo puesto en la revolución. Ejemplo de ello es que, mientras que los miembros electos al parlamento usaban la tribuna para hacer propaganda y agitación por la revolución, los bolcheviques disponían de grupos armados organizados para llevar a cabo el golpe político. Es por ello por lo que la Segunda Duma fue disuelta y los bolcheviques detenidos.

En la estrategia bolchevique, la cuestión parlamentaria siempre estuvo subordinada a la revolución. Así fue también en los debates dados en 1920 en torno a la III Internacional. De aquellos debates queda como legado el famoso escrito de Lenin sobre *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*. En este caso, el contexto del debate ya no era la revolución bolchevique en Rusia como tarea a realizar, sino que como revolución a popularizar y extender por Europa. A esa tarea quedaba subordinada la defensa de la participación parlamentaria realizada por Lenin.

En cualquiera de los casos citados, no se trataba de dirimir sobre la participación parlamentaria en un contexto de ausencia total de la revolución. Si bien entre 1905 y 1907 hubo un repliegue revolucionario en el fervor de las masas, fueron dos años en los que los bolcheviques organizaron capacidades militares para empujar en el sentido revolucionario y en los que la agitación parlamentaria debía ayudar a popularizar, de nuevo, la conquista de las calles y las huelgas masivas que, según los propios bolcheviques, debían conducir a una situación revolucionaria. La estrategia parlamentaria respondía, por ello, a una estrategia revolucionaria. En ningún caso la participación parlamentaria tenía por objetivo la gestión de las instituciones, conseguir mejoras para el proletariado, o rellenar un vacío que los socialdemócratas contrarrevolucionarios justifican hoy con el conocido “mientras tanto”; al que no dan respuesta explícita, pero cuyas implicaciones sobradamente conocemos: “mientras tanto” realizar tareas en contra de la revolución; hacerla imposible.

La estrategia parlamentaria respondía, por ello, a una estrategia revolucionaria. En ningún caso la participación parlamentaria tenía por objetivo la gestión de las instituciones, conseguir mejoras para el proletariado, o rellenar un vacío que los socialdemócratas contrarrevolucionarios justifican hoy con el conocido “mientras tanto”; al que no dan respuesta explícita, pero cuyas implicaciones sobradamente conocemos: “mientras tanto” realizar tareas en contra de la revolución; hacerla imposible

Allí donde los comunistas carecieron de capacidades organizadas para llevar a cabo la revolución, o no se daban condiciones para la toma del poder, el debate sobre el parlamentarismo carecía de interés, y la participación en las instituciones de la burguesía no era ni siquiera una opción

La situación era similar en 1920. La Revolución Rusa había nacido, en las cabezas de los bolcheviques, como primera chispa que debía encender la Revolución Mundial, tarea a la que se consagraba la III Internacional. Los debates dados en torno a la misma tenían por objetivo la extensión de la revolución a escala mundial. La participación parlamentaria quedaba subordinada a esa gran tarea. Su objetivo, una vez más, era hacer agitación por la revolución. El debate giraba, por ello, en torno a si la participación parlamentaria posibilitaba o no un empuje favorable a la revolución. Es ahí donde surge el “izquierdismo” como expresión que definía a los que opinaban que, en un contexto revolucionario, era contraproducente llamar a la participación institucional, pues su resultado sería la legitimación del orden burgués y no su supresión.

Así pues, el debate en torno al parlamentarismo, en el seno de la III Internacional, respondía a la necesidad de unidad estratégica a nivel internacional para llevar a cabo la revolución, entendida ésta como golpe militar y toma del poder político por el proletariado organizado en forma de Partido Comunista. En ningún caso se pensó en torno al parlamentarismo como proceder normal de las organizaciones comunistas o como medio de mejora de la situación de la clase obrera mediante políticas reformistas. Es más, allí donde los comunistas carecieron de capacidades organizadas para llevar a cabo la revolución (en este caso, una organización armada), o no se daban condiciones para la toma del poder, el debate sobre el parlamentarismo carecía de interés, y la participación en las instituciones de la burguesía no era ni siquiera una opción.

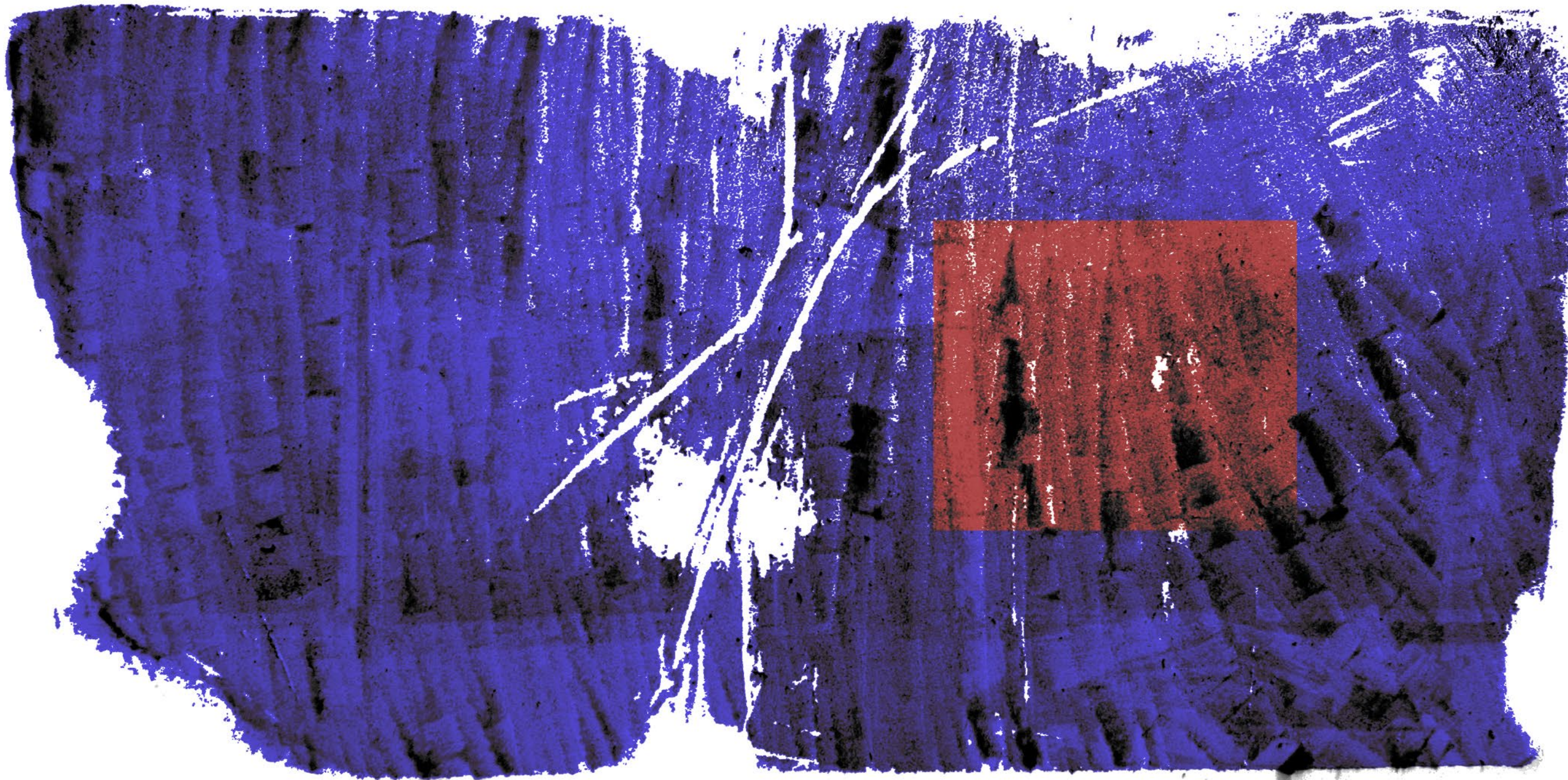
Esa última es también una razón de peso para que los bolcheviques decidieran no participar en la Primera Duma, conquistada por las masas en 1905. Y es que el hecho de que fuera un contexto de revolución no es suficiente desde el punto de vista bolchevique, y sobre todo desde el punto de vista de Lenin, que defendía la necesidad del Partido Comunista; de la vanguardia del proletariado organizado portadora de la conciencia revolucionaria, como condición para realizar la revolución socialista. 1905 fue un año difícil para la organización bolchevique, más bien fue un año de desorganización, y el hecho de no haber previsto las protestas de 1905 los dejó fuera de juego, durante un tiempo. En tales condiciones, la participación parlamentaria carecía de sentido, pues la vanguardia comunista no estaba preparada para responder a su cometido histórico, y participar en las elecciones tendría como resultado la desorientación ideológica y política. Es decir, la participación parlamentaria sería contraproducente para una organización comunista que no estaba en condiciones de llevar a cabo los objetivos para los que había nacido.

La amplia organización de masas proletaria con largo recorrido democrático, derivada de un desarrollo más extensivo del capitalismo y una mayor experiencia acumulada del proletariado, abre la puerta a una confrontación revolucionaria en otros términos y a una extensión de la democracia y la representatividad en un sentido proletario más acorde a los principios más desarrollados del comunismo

Con todo, el debate en torno al parlamentarismo, desde una óptica comunista, tan solo puede ser resuelto de manera subordinada a la estrategia por la Revolución Socialista Mundial. Si se carece de esta, no hay debate que valga. Las posiciones confrontadas en el seno de la III Internacional responden a y pueden ser explicadas por –aunque ello no agote su explicación– el estado de desarrollo diferenciado de la revolución mundial según diferentes países. Así, si la revolución bolchevique, en primera instancia, se da como golpe político-militar en una situación de descomposición del estado derivada de la crisis bélica de la I Guerra Mundial, en Occidente, en situación de contexto bélico similar, las con-

diciones revolucionarias difieren ligeramente: la amplia organización de masas proletaria con largo recorrido democrático, derivada de un desarrollo más extensivo del capitalismo y una mayor experiencia acumulada del proletariado, abre la puerta a una confrontación revolucionaria en otros términos y a una extensión de la democracia y la representatividad en un sentido proletario más acorde a los principios más desarrollados del comunismo. Es en ese sentido, y en tal contexto, que hemos de entender, por un lado, las posiciones confrontadas en torno al parlamentarismo y, por otro, la necesidad de una estrategia unitaria que surge como síntesis de esa confrontación. ●

COMUNISMO Y PARLAMENTARISMO



“ Si detrás de nuestra actividad legal y parlamentaria no está la violencia de la clase obrera, siempre dispuesta a entrar en acción en el momento oportuno, la acción parlamentaria de la socialdemocracia se convierte en un pasatiempo tan espiritual como extraer agua con una espumadera”

-Rosa Luxemburg

La teoría política ha sido siempre fecunda en metáforas organicistas. Especialmente en el caso del socialismo científico, cuyo punto de vista, decía Marx, “concibe el desarrollo de la formación económica social como un proceso histórico natural”^[1]. No es de extrañar que el partido revolucionario de la clase trabajadora haya sido frecuentemente entendido como un organismo vivo que, como tal, se desarrolla bajo la amenaza de distintas enfermedades. Marx, Engels o Lenin identificaron en el “cretinismo” o en el “infantilismo izquierdista” enfermedades que podían lastrar el desarrollo del partido político de la clase obrera, en la medida en que corrompen la relación de este último con la que ha sido una de las principales formas de acción política desde el nacimiento de la sociedad moderna: el parlamentarismo. El objetivo de este artículo es, precisamente, delimitar conceptualmente el contenido y las diferencias entre las tres principales opciones que se presentan en este terreno: el oportunismo socialdemócrata del partido democrático de reformas y su “cretinismo parlamentario”, el izquierdismo anarquizante del partido blanquista y su “infantilismo”, el partido comunista de masas del bolchevismo y su “parlamentarismo revolucionario”. Estas son tres líneas políticas que sintetizan el transcurso de décadas de experiencia política y debate ideológico, de los que aquí se ofrecen sus principios y conclusiones más elementales.

En la postura ante el estado, que es el órgano político de la dominación del capital, está implícitamente contenida la postura de una tendencia política hacia la revolución

ESTADO, DEMOCRACIA, PARLAMENTARISMO

En la postura ante el estado, que es el órgano político de la dominación del capital, está implícitamente contenida la postura de una tendencia política hacia la revolución. En la postura ante el estado se puede rastrear el abismo político que separa al comunismo del oportunismo, esto es, el antagonismo irreconciliable entre sus respectivos principios. A partir de este antagonismo, además, se puede derivar la actitud de cada una de estas dos tendencias ante la democracia como régimen político y su actitud ante el parlamentarismo como institución y forma de acción política. Siendo el objetivo del artículo comprender el enfrentamiento de posturas en este último terreno, es preciso aclarar las concepciones generales sobre el estado y la democracia sobre las que se sostienen.

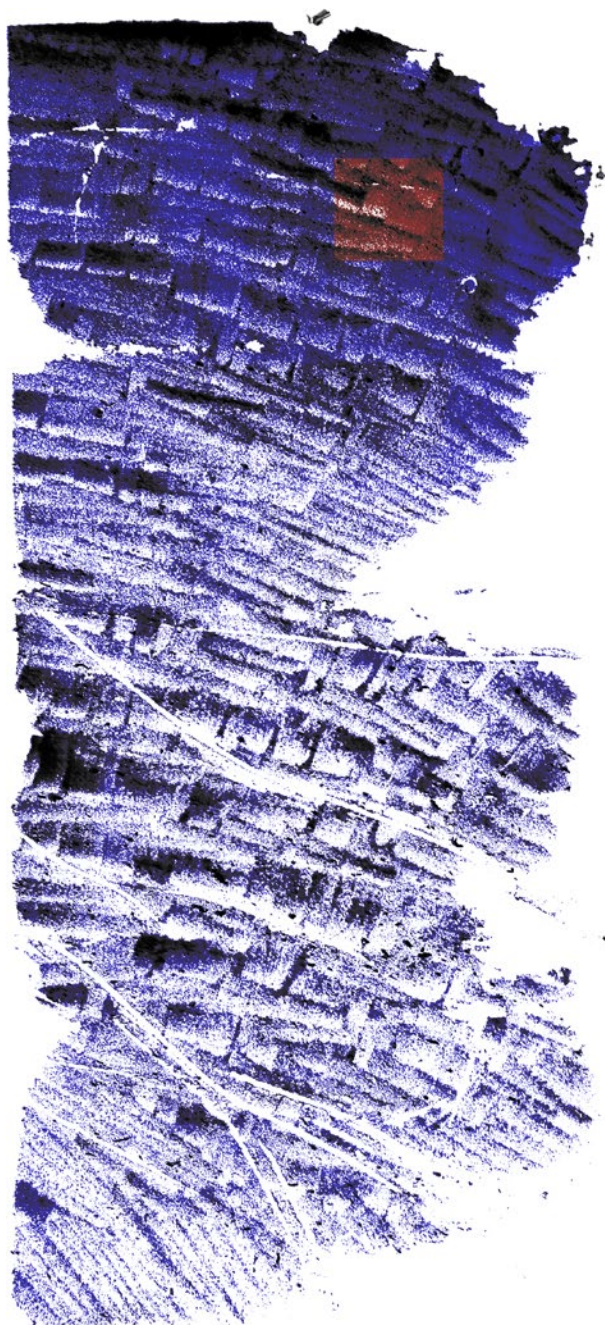
El estado capitalista moderno, que emerge sobre las espaldas de las monarquías absolutistas europeas, es un aparato de gobierno separado de la sociedad civil y elevado por encima de ella. Su único órgano imprescindible, aquel que lo define en su contraste con el resto de instituciones sociales, es el poder ejecutivo, que le confiere la capacidad de imponer su voluntad amparándose en última instancia en el ejercicio de la fuerza física. Según la formulación, reciclada de los textos de Marx y Engels, que ofrece Lenin en *El estado y la revolución*, el estado es fundamentalmente la *burocracia* que comanda un *aparato especial de hombres armados*. “Estado” y “máquina burocrático-militar” son, entonces, términos intercambiables^[2]. Por burocracia debemos entender el sistema de organización formado por “personas privilegiadas, divorciadas de las masas, situadas por encima de las masas”^[3]. En la cadena de mando burocrática las órdenes circulan de arriba hacia abajo sin que las razones que las respaldan estén sometidas a un proceso colectivo de deliberación; sin que los individuos u órganos colegiados que las emiten estén sujetos a elección, control y revocabilidad; sin que, en definitiva, los individuos sometidos a las decisiones de dicho aparato tengan opción de cuestionar la forma y el contenido de la voluntad a la que obedecen. La función de la burocracia es sostener el orden, la seguridad y la garantía del respeto a la propiedad privada.

La democracia, en su significado original, es el movimiento popular que empuja en la dirección inversa a la de la burocracia: su propósito es someter el poder arbitrario del gobierno a control y restricciones, de tal forma que aquel no pueda ser ejercido a capricho de los gobernantes. La democracia consiste, en otras palabras, en una fuerza política cuyo impulso circula *de abajo hacia arriba*. El derecho de asociación, de manifestación y de prensa pertenecen al campo de las libertades democráticas. También el sufragio universal o la representación de la voluntad expresada a través de este en un parlamento, que podrá emitir *leyes* que dictaminen los derechos y obligaciones que constriñen a todos por igual, incluido el gobierno del estado. La existencia de un parlamento democrático obliga al estado a actuar en interés del Capital en su conjunto, y no sólo en beneficio exclusivo de los grandes propietarios.

El estado capitalista moderno y su división de poderes encarna así un sistema de pesos y contrapesos que representa a la vez que subordina las fuerzas vivas de la sociedad civil, de tal forma que de la tensión de sus intereses resulte la reproducción ordenada del conjunto y no su disgregación en un enfrentamiento abierto entre las clases. El parlamento es la institución que mejor representa esta lógica de representación y subordinación, pues su misma existencia responde a la inclusión política de capas de la sociedad previamente excluidas –primero los propietarios capitalistas, después los proletarios desposeídos–. Con la implantación del sufragio universal culmina ese proceso de representación de toda la sociedad civil, que tiene, sin embargo, un efecto secundario para el poder capitalista, que Marx iba a resumir con las siguientes palabras: *Aún cuando la forma republicana consume su dominación política [y la despoja de toda apariencia extraña], al mismo tiempo socava su base social, puesto que ahora se enfrentan con las clases sojuzgadas y tienen que lidiar con ellas sin mediación alguna*^[4].

La lógica parlamentaria permite que los conflictos de clase que desgarran en las sombras a la sociedad civil sean expuestos por primera vez con una transparencia plena

Por un lado, la forma parlamentaria del estado permite afirmar los intereses del Capital como un todo, sin anteponer los de alguna de sus facciones en particular –y el proletariado, en tanto que propietario de la mercancía fuerza de trabajo, representa en la figura de la aristocracia obrera una de esas facciones–. Por otro, sin embargo, la lógica parlamentaria permite que los conflictos de clase que desgarran en las sombras a la sociedad civil sean expuestos por primera vez con una transparencia plena. El enfrentamiento entre clases de la sociedad que el parlamento trata de contener mediante la representación de todos sus miembros puede por primera vez ser públicamente reconocido desde su interior. Le corresponde al partido proletario explotar esta paradoja de la democracia burguesa y explicitar la lucha de clases mediante los derechos y libertades burguesas y, además, mediante la participación en el órgano depositario de la voluntad popular. El parlamento ofrece al proletariado militante un instrumento con el que puede nutrir su desarrollo como clase política, como partido independiente ^[6]. Y puede hacerlo principalmente de tres maneras: primero, la medición de su fuerza mediante el recuento de votos. La conciencia de la propia fuerza es en sí mismo un estímulo que incrementa la moral. Segundo, la agitación y propaganda, que consiste en difundir el punto de vista independiente alrededor de los temas políticos más diversos. Tercero, la promulgación de leyes, de reformas que modifican la correlación de fuerzas entre clases y educan al proletariado en la persecución de sus intereses últimos. Este instrumento, sin embargo, puede pervertirse si no se pone al servicio del fin último de la revolución. Es el caso del oportunismo y su cretinismo parlamentario.



OPORTUNISMO Y CRETINISMO PARLAMENTARIO

La distorsión oportunista de la concepción marxista del estado se reduce a la siguiente tesis: no es necesario destruir el estado mediante una revolución que lo sustituya por órganos de poder del proletariado. El estado, en la medida en que su forma sea democrática, es para el oportunismo un instrumento neutral e históricamente definitivo: se trata simplemente de conseguir que la mayoría parlamentaria lo deposite en las manos del proletariado ^[6]. Esta naturalización de las instituciones políticas del Capital corre en paralelo de la ignorancia acerca de la fuente real del poder, que el oportunismo encierra entre las paredes de la cámara parlamentaria. Si el Capital se impone por la fuerza de los parlamentarios que lo representan, la acción política del socialismo se limita a intentar conseguir más fuerza que aquel dentro del parlamento. Esta es la esencia de lo que Marx calificó como “cretinismo parlamentario”: la enfermedad política en virtud de la cual los representantes de la clase obrera estiman que la lucha de clases se dirime en el marco de la actividad parlamentaria. Al cretinismo parlamentario le está implícita toda una concepción de la actividad política, la de la “democracia vulgar”, cuyo propósito no es otro que la democratización progresiva de las instituciones del Capital. La democracia vulgar es vulgar precisamente porque pierde de vista el fundamento social o material que confiere fuerza a los órganos políticos, perdiendo con ello de vista la perspectiva de su abolición revolucionaria.

El carácter íntimamente reaccionario de los demócratas pequeñoburgueses terminó de evidenciarse con la traición del ala derecha de la socialdemocracia europea en 1914, que no sólo renegó de la revolución social desde una cobardía equidistante, sino que se enfrentó a ella por las armas allí donde tuvo ocasión. El contraste abierto entre democracia capitalista y poder soviético constata la política reaccionaria que se deriva de la absolutización del método parlamentario, una absolutización que esconde el mayor de los servilismos hacia el órgano político del poder capitalista, así como la renuncia al propósito de subvertir el orden capitalista. Karl Kautsky, principal valedor de esta postura, trató de sostenerla bajo la defensa de la “democracia en general”, presentado como un principio de organización política ajeno a la relación de poder entre clases. Mereció la réplica, cargada de odio de clase, de quienes habían pasado a ser sus enemigos, que puede encontrarse en obras como Terrorismo

y comunismo de Leon Trotsky o *La revolución proletaria y el renegado de Kautsky* de Vladimir Lenin, entre otras.

El problema de la participación incondicional, por principio, de los socialistas en las instituciones del estado capitalista es que este, por democrático que sea, no puede deshacerse de los rasgos del burocratismo, de cierta separación entre la cabeza del cuerpo político y las masas, que son su retaguardia pasiva, políticamente dominada. La activación política plena de la masa proletaria supone la subordinación democrática del poder ejecutivo, la fusión de ambos en un órgano de poder que albergue las funciones legislativa y ejecutiva al mismo tiempo ^[7]. Pero esta fusión es imposible a través de la democracia representativa, que separa a la masa de la cabeza del estado a la vez que separa los poderes de este último entre sí. La fusión de la sociedad y sus órganos políticos en aparatos de autogobierno legislativos y ejecutivos sólo puede materializarse por medio del poder soviético, es decir, a través de la destrucción del aparato burocrático-militar y la instauración de una democracia de consejos. La democratización del estado capitalista a la que aspira el oportunismo resulta ser una ilusión que, por un lado, naturaliza el parlamentarismo como institución históricamente definitiva, tratando como un fin lo que debe ser tan sólo un medio, y, por otro, lo presenta como la forma más deseable de acción política, desplazando con ello a la masa y su lucha fuera del parlamento a un papel secundario y completamente subordinado.

El cretinismo parlamentario, en resumen, se caracteriza por el empleo burocrático del parlamentarismo. En vez de subordinar la actividad parlamentaria al desarrollo de un partido políticamente independiente, sostenido sobre la fuerza de la masa movilizada fuera del parlamento –y, por ende, democrático en un sentido proletario y radical–, lo emplea como medio de atenuación del conflicto de clase, es decir, como medio de desmovilización, de educación del proletariado en el respeto de las leyes e instituciones del estado burgués. Subordina el movimiento proletario a los objetivos inmediatos del partido democrático de reformas. Inculca así una fe supersticiosa en la capacidad del estado para resolver todos los conflictos, absolutiza el resultado electoral inmediato sacrificando todo principio y objetivo a largo plazo y, en última instancia, mina la confianza del proletariado en la fuerza de su poder como clase, poder que se organiza necesariamente fuera de los límites impuestos por el parlamento.

IZQUIERDISMO Y ANTIPARLAMENTARISMO

El oportunismo niega una verdad elemental del marxismo revolucionario: que el capitalismo y sus instituciones económicas y políticas han caducado históricamente. Esta verdad viene expresada en los principios comunistas, que dictaminan la necesidad de una revolución política que destruya el estado capitalista e instaure la dictadura del proletariado. Al contrario que el oportunismo, el conjunto de tendencias que pueden agruparse bajo la etiqueta del “izquierdismo” se adscriben a los principios del marxismo revolucionario. Al reconocer la necesidad de abolir el estado e instaurar la dictadura del proletariado, los izquierdistas se posicionan claramente dentro del campo de la revolución y frente al oportunismo. Sin embargo, el izquierdismo reconoce estos principios sólo de forma abstracta, sin detenerse a meditar la manera concreta en la que debe maniobrar para materializarlos en la práctica. Persigue los fines sin establecer los medios. Se trata, en palabras de Lenin, de una “enfermedad infantil del comunismo”, una enfermedad que desvía al partido del proletariado hacia la defensa irreflexiva, rígida y dogmática de aquellos principios. Esta defensa arrastra los síntomas de un furor adolescente, todavía por disciplinar, que se traduce en la impaciencia, la falta de tenacidad y la inconstancia.

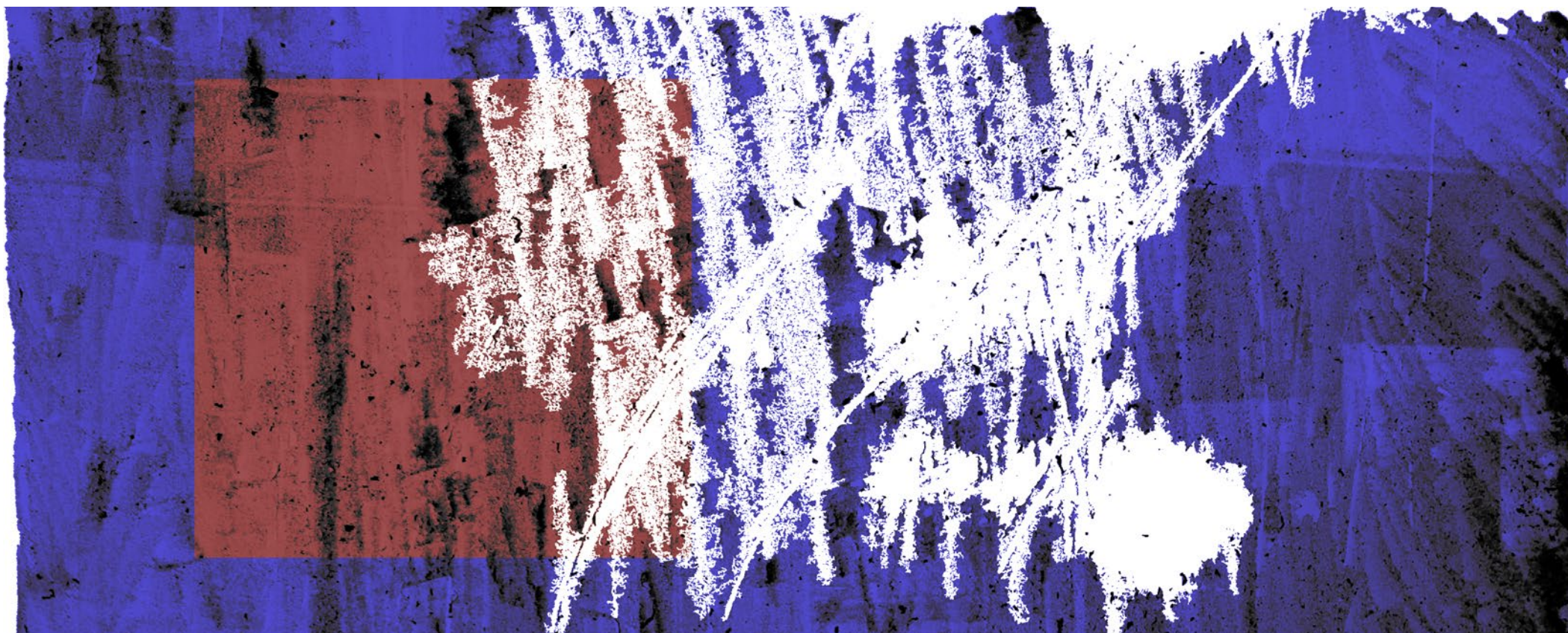
La enfermedad infantil se muestra con total evidencia en la posición izquierdista ante el parlamentarismo. Bajo el pretexto de que el parlamento es una institución reaccionaria e históricamente caduca, el izquierdismo rechaza de lleno cualquier tipo de intervención en el mismo. Este rechazo responde a la creencia ilusoria de que es posible materializar los fines a los que apuntan los principios del comunismo independientemente de las condiciones coyunturales y de la fuerza con la que se cuenta para ello –independiente, en otras palabras, de los medios necesarios para la consecución del fin-. Bajo la idea de que la forma de gobierno consecuente con nuestro estadio histórico es el poder soviético, el izquierdismo renuncia a maniobrar dentro de la realidad política vigente. Renuncia a volver las armas engendradas por el capitalismo contra este. Renuncia, por tanto, a difundir en las instituciones de la burguesía las consignas del comunismo y el punto de vista de este último acerca de las cuestiones que, dada la ausencia de un partido revolucionario, pasarían a dirimirse exclusivamente entre representantes de los partidos del Capital, sin que se les contraponga una voz crítica inspirada en una posición antagónica e independiente.

El izquierdismo confunde el deseo de los representantes más conscientes del proletariado con la conciencia real de la clase obrera. Al tratar de afirmar el primero sin tener en cuenta la segunda, profundiza en su aislamiento, en la disolución de los vínculos objetivos de la vanguardia revolucionaria con la masa del proletariado. Esta afirmación abstracta de los principios comunistas redundaría en la incapacidad para fusionarse con el conjunto del proletariado y, por tanto, para infundir una conciencia política de sus intereses históricos. Como resultado, deja a la clase obrera a merced de la influencia del oportunismo y el resto de partidos de la burguesía. La falta de inteligencia política impide conquistar la fuerza necesaria para aplicar las consignas que defiende de modo maximalista e intransigente. En otras palabras, obvia la necesidad de acumular la fuerza social que permite aplicar cualquier llamada a la acción, cualquier decisión política. Sin un respaldo masivo, estas contarán exclusivamente con el respaldo de quienes *ya estaban convencidos* de antemano, cuando el objetivo de la política revolucionaria consiste, precisamente, en movilizar, en inspirar y educar a la masa de proletarios que permanece aletargado, inconsciente y

En lo que respecta a la cuestión del parlamentarismo, el izquierdismo no acepta la idea de que la fuerza fuera de los parlamentos puede ser conquistada también desde la actividad dentro de ellos

pasivo, ajeno a la lucha por sus propios intereses o, a lo sumo, movilizad bajo intereses de clase que distan mucho de ser los suyos. En lo que respecta a la cuestión del parlamentarismo, el izquierdismo no acepta la idea de que la fuerza fuera de los parlamentos puede ser conquistada *también* desde la actividad dentro de ellos. Así lo resumía Lenin en su clásico *El izquierdismo*:

Precisamente porque las masas atrasadas de obreros y –más aún– de pequeños campesinos están mucho más imbuidas en Europa Occidental que en Rusia de prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios, precisamente por eso, sólo en el seno de instituciones como los parlamentos burgueses pueden (y deben) los comunistas librar una lucha prolongada y tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad, para denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios. ^[8]



EL BOLCHEVISMO Y EL PARLAMENTARISMO REVOLUCIONARIO

El partido revolucionario de masas que propone el bolchevismo concibe el comunismo como un proceso que debe involucrar activamente al conjunto de la clase, en continuidad estricta con la idea de Marx y Engels de que el partido consiste en la fusión de la conciencia socialista con el proletariado. La esencia del partido revolucionario de masas se resume en lo siguiente: la batalla final contra la burguesía, la revolución, es un acto decisivo que debe contar con el respaldo mayoritario de la clase obrera, respaldo que sólo se puede conquistar mediante una labor prolongada de educación de su conciencia política a través de la agitación, la propaganda y la labor organizativa. El modelo de Partido Bolchevique capaz de cumplir con esta misión es el de una organización de militantes disciplinados en la fidelidad absoluta a los principios comunistas, cuya labor es establecer vínculos sólidos con las masas amplias del proletariado. Sólo cuando las masas están convencidas en la práctica de los principios comunistas, sólo cuando están dispuestas a tomar el poder e instaurar su dictadura, puede decirse que encarnan *de hecho* la independencia de clase que aquellos principios representan todavía sólo en el elemento de la teoría.

El proceso que media entre la proclamación de los principios y su materialización efectiva en la práctica es uno en el que deben emplearse los medios de lucha más diversos, todos aquellos que permitan extender el radio de influencia del comunismo revolucionario sobre las masas y arrancarlas de la influencia del oportunismo. Este es, como se ha dicho, un proceso de fusión del socialismo y el movimiento del proletariado. Pero esta fusión, expresada en la involucración activa de la masa del

proletariado en la política revolucionaria, no es una premisa del proceso histórico, sino el resultado de su consumación. Es el maniobrar político del partido revolucionario el que se encarga precisamente de ampliar en cada caso el radio de influencia del comunismo, educando a las masas en sus principios y haciendo *políticamente* efectiva la caducidad *histórica* de las instituciones capitalistas.

Entre las plataformas de difusión del programa comunista se encuentra, naturalmente, el parlamento. Y la forma bolchevique de intervención en el parlamento es el *parlamentarismo revolucionario* ^[9]. El parlamentarismo revolucionario es un tipo de acción del partido comunista de masas, un medio para la extensión política de la alternativa comunista al orden capitalista y sus instituciones. Su fundamento consiste en la idea de que el parlamento puede ser utilizado como plataforma de agitación y propaganda, como un espacio en el que dar difusión al enfoque marxista de la realidad social, especialmente de las cuestiones políticas que la lucha de clases pone a la orden del día. El parlamentarismo revolucionario, al contrario que el parlamentarismo oportunista, está subordinado a la actividad del partido comunista considerado como un todo, como movimiento sostenido sobre la movilización y la lucha en el conjunto de ámbitos de la sociedad. Esta fuerza *fuera* del parlamento, a la que los diputados electos del partido comunista se deben en todo momento, es la garantía de la independencia política y del respeto estricto a los principios y fines últimos del comunismo. Es la fuerza del partido como movimiento organizado de masas lo que previene la formación de camarillas burocráticas de diputados que actúan en función de intereses propios, corrompiendo con ello el programa histórico de la clase trabajadora.

El parlamento es para la doctrina bolchevique un espacio importante, aunque sólo uno entre otros muchos, en los que intervenir para acumular fuerza social. La participación en el mismo viene sostenida sobre dos argumentos básicos: primero, que el objetivo último del movimiento es acabar con el estado burgués y el propio parlamentarismo ^[10]. Esta idea ha de prevenir el cretinismo parlamentario; segundo, que para alcanzar aquel objetivo es necesaria la máxima flexibilidad en los métodos de lucha, que debe contemplar la participación en cualquier plataforma con capacidad de influir sobre la conciencia del proletariado. Esta idea ha de prevenir la intransigencia izquierdista. El bolchevismo, dicho de otro modo, opone al doctrinarismo de izquierda y de derecha la combinación de la defensa estricta de los principios y la máxima flexibilidad en su aplicación táctica. Desde este punto de vista, el error de izquierdismo y derechismo es el ensalzamiento de *una* determinada táctica parlamentaria, que eleva dogmáticamente a principio incondicional descartando todas las demás. La consecuencia de semejante doctrinarismo es que ata de pies y manos al partido del proletariado, impidiéndole actuar cuando las condiciones demandan una forma de intervención que no coincida con los prejuicios dogmáticos de su doctrina.

Para el bolchevismo, en resumidas cuentas, el parlamentarismo es un medio, un órgano o instrumento al servicio de la *revolución*, de la batalla decisiva que el proletariado sólo podrá librar cuando haya desarrollado su capacidad de lucha lo suficiente como para destruir el aparato de gobierno del Capital e instituir su propio régimen político, en forma de dictadura del proletariado. Si bien este puede parecer un argumento minimalista que pospone el desarrollo de una política revolucionaria y

El parlamentarismo revolucionario, al contrario que el parlamentarismo oportunista, está subordinado a la actividad del partido comunista considerado como un todo, como movimiento sostenido sobre la movilización y la lucha en el conjunto de ámbitos de la sociedad

la sustituye por una política de espera, en realidad se trata de todo lo contrario: el comunismo asume que debe empezarse desde ya en la educación de la conciencia política de la clase obrera, y además debe hacerse en todos los espacios en los que se tenga capacidad de hacerlo. El parlamentarismo deja de ser un medio de adocenamiento y pasa a ser un medio para educar al proletariado en la necesidad de destruir el poder del estado (su burocracia y fuerza represiva) junto a sus instituciones adyacentes, entre las que destaca el parlamento. ●



REFERENCIAS

[1] Marx, K. (2000). *El Capital*. Akal

[2] Marx, K. (2015). *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*. Alianza Editorial

[3] Lenin, V. (1975). *El Estado y la revolución*. Editorial Ayuso

[4] Marx, K. (2015). *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*. Alianza Editorial

[5] “Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones”. Marx, K. (2015). *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*. Alianza Editorial

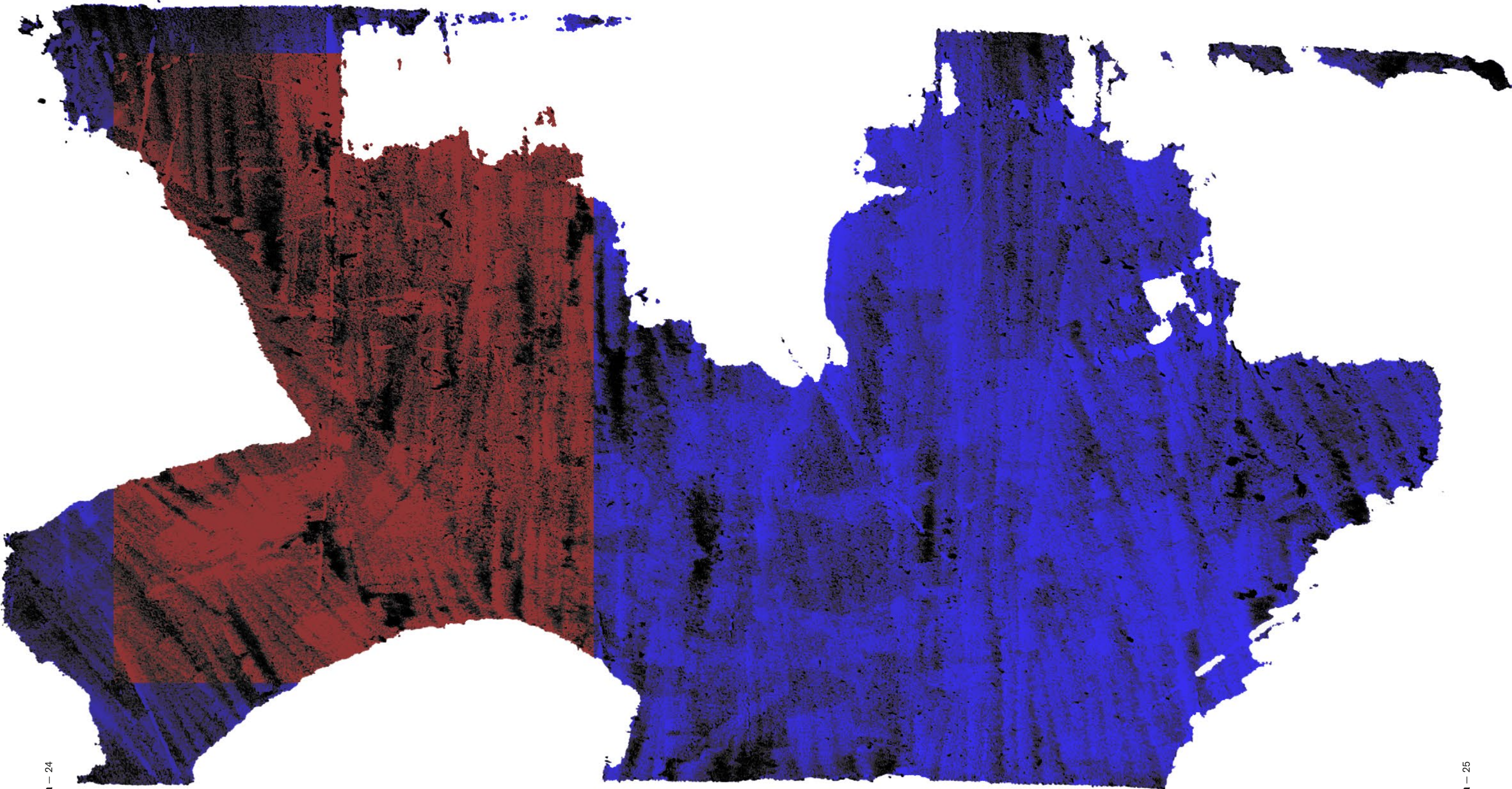
[6] “A real parliamentary regime can be just as well an instrument for the dictatorship of the proletariat as it is an instrument for the dictatorship of the bourgeoisie”. Kautsky, K., Ed. Ben Lewis (2020) *Karl Kautsky on Democracy and Republicanism*. Brill

[7] “Las instituciones representativas continúan, pero desaparece el parlamentarismo como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada de los diputados”. Lenin, V. (1975) *El estado y la revolución*. Editorial Ayuso

[8] Lenin, V. (2021). *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*. Akal

[9] Para un estudio en profundidad de la estrategia electoral marxista-bolchevique, véase Nimitz, A. (2014). *Lenin's Electoral Strategy From Marx and Engels Through the Revolution od 1905*

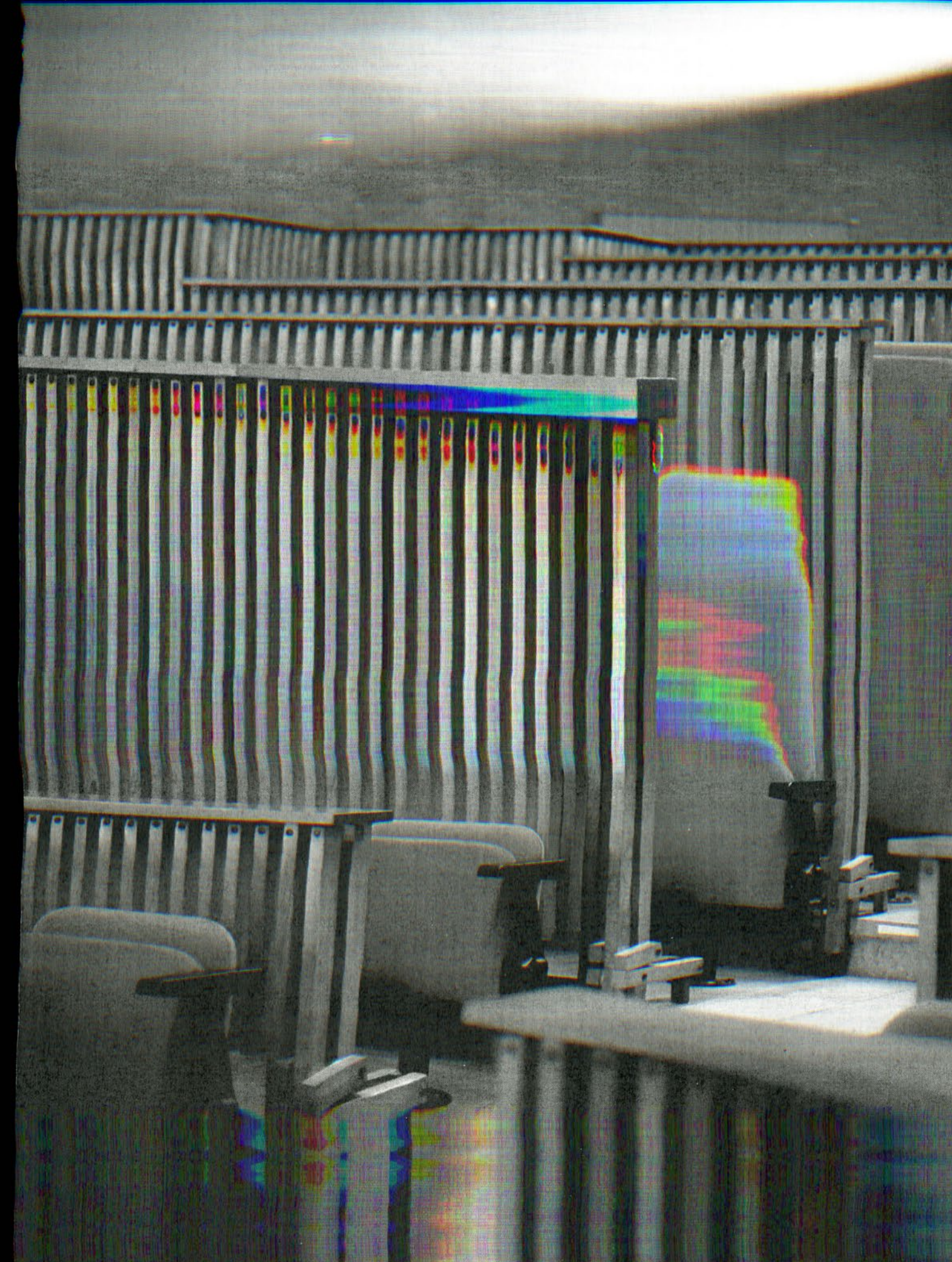
[10] “La salida del parlamentarismo no está, naturalmente, en la abolición de las instituciones representativas y de la elegibilidad, sino en transformar las instituciones representativas de lugares de charlatanería en corporaciones de trabajo”. Lenin, V. (1975) *El estado y la revolución*. Editorial Ayuso



**VOLVERÁN A
GANAR LOS DE
SIEMPRE:**

**ALGUNAS
REFLEXIONES
ALREDEDOR
DEL CONTEXTO
ELECTORAL**

Texto — **Mikel Kaltzakorta**



Los programas de todos los partidos incluyen siempre propuestas insignificantes para políticas sociales no factibles, y reformas para reforzar el autoritarismo; las diferencias, por su parte, se sitúan en la proporción entre estos dos elementos

Las elecciones de la CAV y del Parlamento Europeo llegan en una fase descendente del capitalismo. Los parlamentos estatales y nacionales empiezan a vaciarse de poder; las políticas distributivas de los sectores más progresistas tienen cada vez menos margen para la redistribución, y, junto con el declive de los Estados del Bienestar, gran parte de la sociedad está perdiendo la participación con la que contaba en la producción y la distribución. La crisis capitalista es el telón de fondo de todos los ciclos electorales y, por tanto, las políticas de izquierda y de derecha deben conseguir un nuevo pacto social adaptado a esta nueva situación. La fuerza de trabajo improductiva es cada vez mayor para las necesidades de acumulación de capital, y para los políticos es cada vez más difícil ofrecer a la clase obrera condiciones de vida satisfactorias mediante la redistribución de las ganancias. Por eso, la posibilidad de un pacto de paz entre la burguesía y el proletariado está lejos. Los programas de todos los partidos incluyen siempre propuestas insignificantes para políticas sociales no factibles, y reformas para reforzar el autoritarismo; las diferencias, por su parte, se sitúan en la proporción entre estos dos elementos.

Al parecer, una vez cada cuatro años, en las elecciones, la voz del pueblo se hace escuchar y se establece una representación social en los espacios de decisión, a través de los políticos. Se dice que votar es una actividad democrática, pero eso no es más que una apariencia, pues las elecciones y la democracia liberal son profundamente antidemocráticas en su totalidad. Aunque con alteraciones, siempre han tenido este carácter que últimamente se viene evidenciando: en primer lugar, está sucediendo un proceso de centralización del poder a escala global; en segundo lugar, detrás de los partidos políticos que se presentan como defensores de la diversidad se encuentra un programa único (el de la oligarquía) y, por último, los intereses de la amplia masa de la sociedad (el proletariado) no están representados ni en las propuestas políticas, ni en los partidos, ni tampoco en los parlamentos.

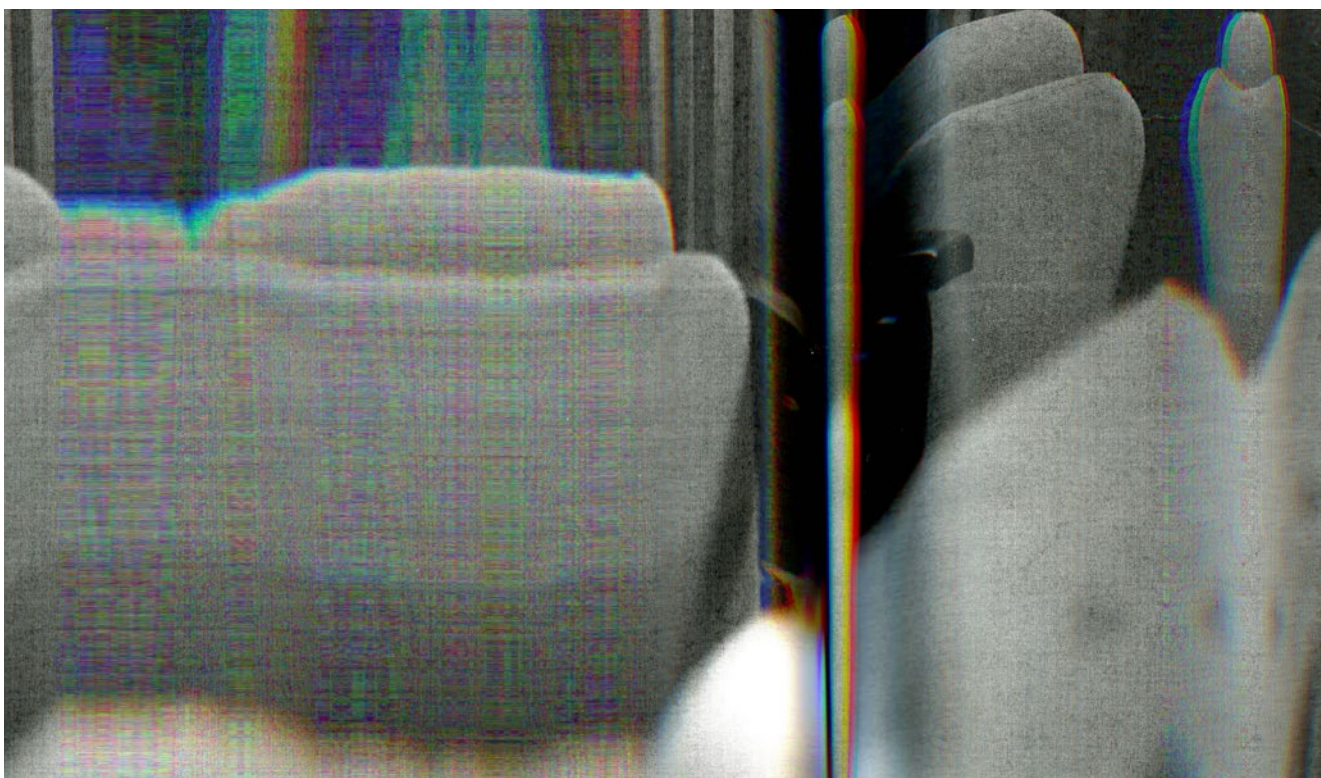


CENTRALIZACIÓN DEL PODER EN FAVOR DE LA OLIGARQUÍA

Junto con las cuotas de participación de la sociedad, la división de poderes ha sido también uno de los pilares de la política de los estados democráticos modernos. Una determinada división del poder ejecutivo, el legislativo y el judicial fue diseñada como garante de la democracia, siendo fundamentalmente una propuesta para el control de los intereses particulares. Sin embargo, la división de poderes no es más que una falsedad: desde el inicio, la simbiosis entre estos poderes ha sido constante; es más, en contextos de crisis extrema, toda esa ilusión es superada y sucede la centralización total bajo el poder ejecutivo. Pudimos vivir esto en el Estado Español con la gestión de la pandemia, y eso mismo observamos en el Estado Francés, donde se está normalizando la constante aprobación de leyes vía decreto. No obstante, cuando hablamos de la centralización del poder, nos referimos a algo que va más allá, más allá de la ilusoria separación de poderes: señalamos la pérdida de poder y autonomía de los estados y de sus provincias en favor de la oligarquía financiera y las instituciones supraestatales.

En la actualidad, elevadas cuotas de competencias para decidir de los estados miembro de la Unión Europea (UE) y la OTAN se encuentran en marcos supraestatales en Europa, y en algunos casos, en los EEUU. A Europa le interesa actuar de forma unitaria en el mercado mundial, y para ello, cuenta con la autoridad para intervenir directamente sobre las políticas monetarias de los estados que forman parte de la UE. En este momento en el

que nos encontramos a las puertas de las elecciones europeas, podríamos pensar que esas elecciones son nuestra oportunidad de participación cualitativa, pero no es así. La Comisión Europea acapara toda la iniciativa legislativa y ejecutiva. En ella se encuentran las competencias para la proposición de leyes, la aplicación de decisiones ejecutivas y la dirección general de la administración de la Unión Europea. La Comisión funciona de forma independiente respecto de los gobiernos que representa, y su función es defender los intereses de la UE. Pero ¿cuáles son los intereses de la Unión Europea? Los de la oligarquía financiera, claro está. Ese centro que decide sobre las cuestiones estratégicas de Europa no dispone de ningún mecanismo democrático mínimo. Pongamos un solo ejemplo para ilustrar el carácter antidemocrático de estas instancias de poder: Ursula Von der Leyen, una de las dirigentes que está decidiendo llevar a toda Europa a la guerra, fue nombrada presidenta de la Comisión Europea por la propia Angela Merkel; sin duda, el Parlamento Europeo representó su toma de posesión a través de una elección. Ahora, esa mujer de ultraderecha será el brazo ejecutor de la oligarquía en Europa, y volverán a elegirla de nuevo, casi sin oposición, para liderar la Comisión Europea. Si bien es verdad que otros espacios de toma de decisiones, como el Consejo de la UE, tienen capacidad de supervisión sobre la Comisión, la Comisión tiene el derecho a vetar cualquier decisión del Consejo. En las elecciones europeas se elige el Parlamento Europeo, es decir, un órgano sin poder legislativo ni ejecutivo. Por lo tanto, la mayoría de la población no tiene capacidad de decisión en esas elecciones.



Más allá de eso, los parlamentos estatales se están vaciando de poder, mientras este se centraliza en Europa, y lo digo por dos razones principales. Por un lado, la Comisión Europea a la que nos hemos referido tiene poder coercitivo sobre los estados miembro, especialmente en lo que se refiere a cuestiones relativas a presupuestos nacionales o gestión de deudas. Y en segundo lugar, la falta de competencia de los mercados nacionales obliga a los países a adoptar políticas monetarias, económicas y de seguridad comunes para actuar como potencias competitivas a nivel mundial (tanto a nivel interno de cada país como a nivel externo). Partiendo de esto, y teniendo en cuenta que las políticas de los partidos de la burguesía, desde la socialdemocracia hasta las más liberales, se basan en políticas económicas, es evidente quién tiene la competencia para decidir: aquel que tiene la fuente de financiación. Así, el poder se está centralizando en las oligarquías financieras como fuente privada de financiación de las políticas. Esto no sólo au-

menta el poder económico de las élites, sino también su poder político. Si observamos este contexto de época de austeridad y contexto bélico creciente, veremos que la UE y las élites financieras centralizan aún más su capacidad de decisión. Las políticas supraestatales de austeridad que diseñan los que financian las políticas para adaptarse a los tiempos de crisis suponen un límite estructural para el desarrollo de la política nacional y estatal, que deja un margen de maniobra muy limitado a los partidos para hacer políticas económicas. Aun así, la izquierda sitúa sus políticas lejos de los márgenes que ofrece ese espacio acotado y hace aún menos de lo que se podría hacer. El electorado, en general, se ha desplazado a la derecha y así lo han hecho todos los partidos, ya que estos representan a ciertos sectores de la sociedad de masas. De esta manera, sin un contexto económico y cultural propicio para su desarrollo, los programas de reforma a favor de la redistribución de los antiguos partidos de izquierdas han quedado totalmente obsoletos.

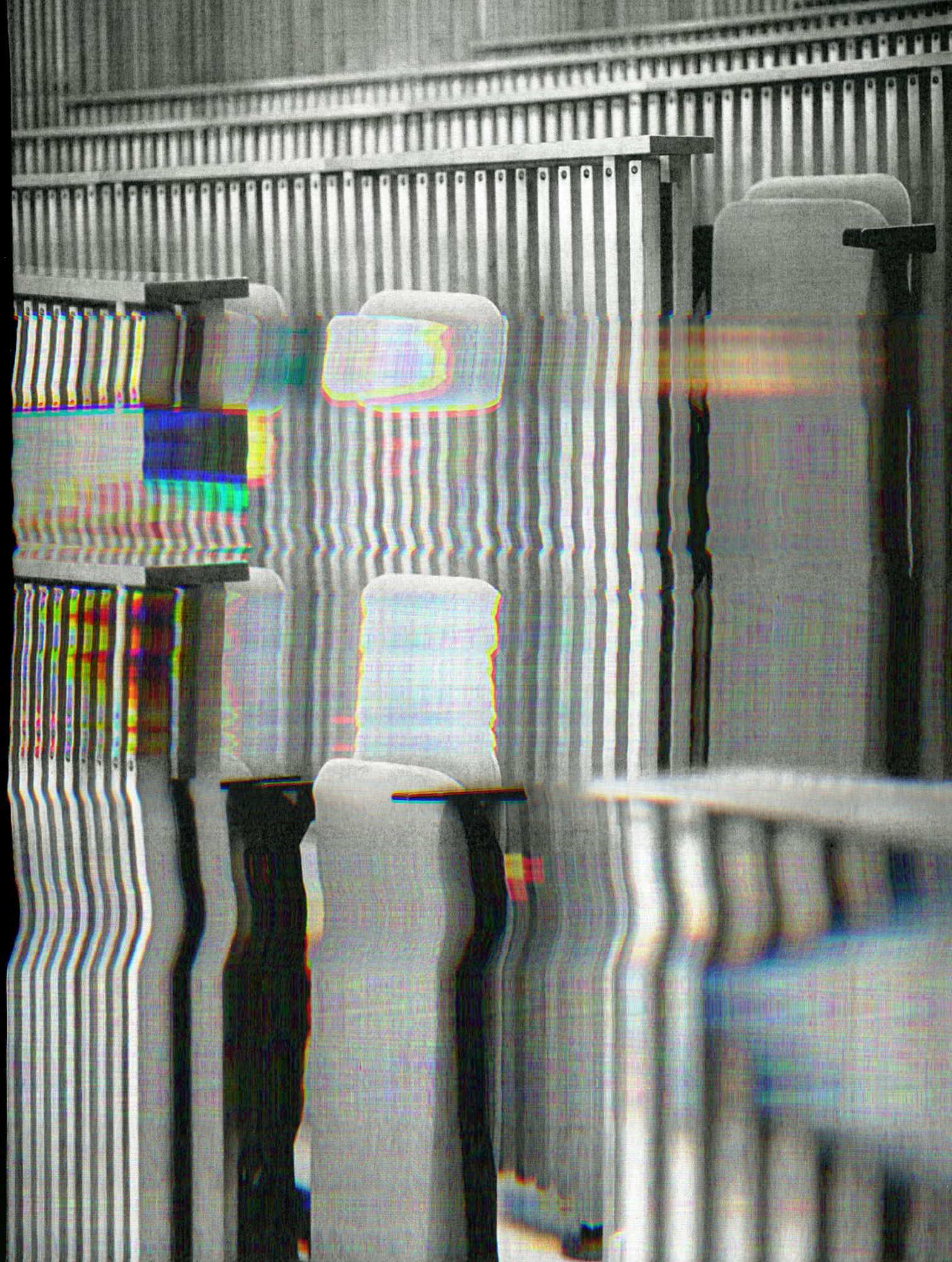
UNA CAMPAÑA ELECTORAL CONSTANTE

Lo que se pretende explicar con todo esto es lo siguiente: las campañas electorales, lejos de ser un exponente de la democracia, no son más que campañas propagandísticas. Se trata de dinámicas de interpelación y movilización de la masa electoral; en definitiva, son mecanismos de legitimación del orden capitalista. Detrás de esas propuestas programáticas que en las campañas nos presentan como opuestas, encontramos discrepancias hacia las diferentes formas de distribución, el reparto de cuotas de poder y las modalidades de explotación. La hostilidad entre ellas es un mero choque de partidos. No hay oposición real entre programas. Dicho de otro modo, los partidos son estructuras empresariales complejas que compiten por la gestión del estado, estando ya decididos los objetivos y la orientación del estado que pueden gestionar.

Acercándonos al caso de la CAV, por ejemplo, como en varios otros lugares, la lucha por la hegemonía se da entre dos grandes partidos. A diferencia de las elecciones del estado español, en las elecciones de la CAV no hay una amenaza real de auge de la ultraderecha, y, por lo tanto, los elementos que pueden entrar en choque son las propuestas económicas y políticas que tiene cada partido. Hoy por hoy, la pugna electoral entre EH Bildu y el PNV está más igualada que nunca. Tras gobernar el PNV durante largas décadas, a algunos les genera ilusión la victoria de EH Bildu. Pero ¿tienen realmente una nueva propuesta? Si tenemos en cuenta las propuestas políticas desarrolladas últimamente, las decisiones tomadas y las posiciones, podemos decir que no. Muchas de las diferencias han sido propiamente interpretadas para la campaña electoral, como podemos observar; por ejemplo, EH Bildu no ha tenido ningún problema con actuar en la línea del PNV tanto en el gobierno de coalición de Navarra como en la aprobación de leyes fundamentales en el Gobierno Vasco (como la Ley de Transición Energética). En el caso de otras leyes, como la Ley de Educación, queda claro que es una propuesta hecha

Los partidos son estructuras empresariales complejas que compiten por la gestión del estado, estando ya decididos los objetivos y la orientación del estado que pueden gestionar

a la medida de los principales partidos de la CAV, pese a que en el último momento EH Bildu no la haya apoyado en el parlamento por intereses electorales. Junto con eso, como los dos son partidos totalmente integrados en el estado español, juegan un papel similar en aquel parlamento también: el del lobby autonomista y el bloque de gobierno que sirve de apoyo al PSOE. De hecho, realizan constantes intentos para transferir cuotas de poder autonómicas a cambio de asegurar la viabilidad del Gobierno de España y de admitir presupuestos de austeridad y de guerra. ¿Qué cambio ha habido en las vidas de los proletarios que viven en los municipios gobernados durante una década por EH Bildu? Hemos dicho que el margen de maniobra que tienen las instituciones es pequeño; sin embargo, este ni siquiera ha tomado las medidas que era posible tomar dentro de este marco.

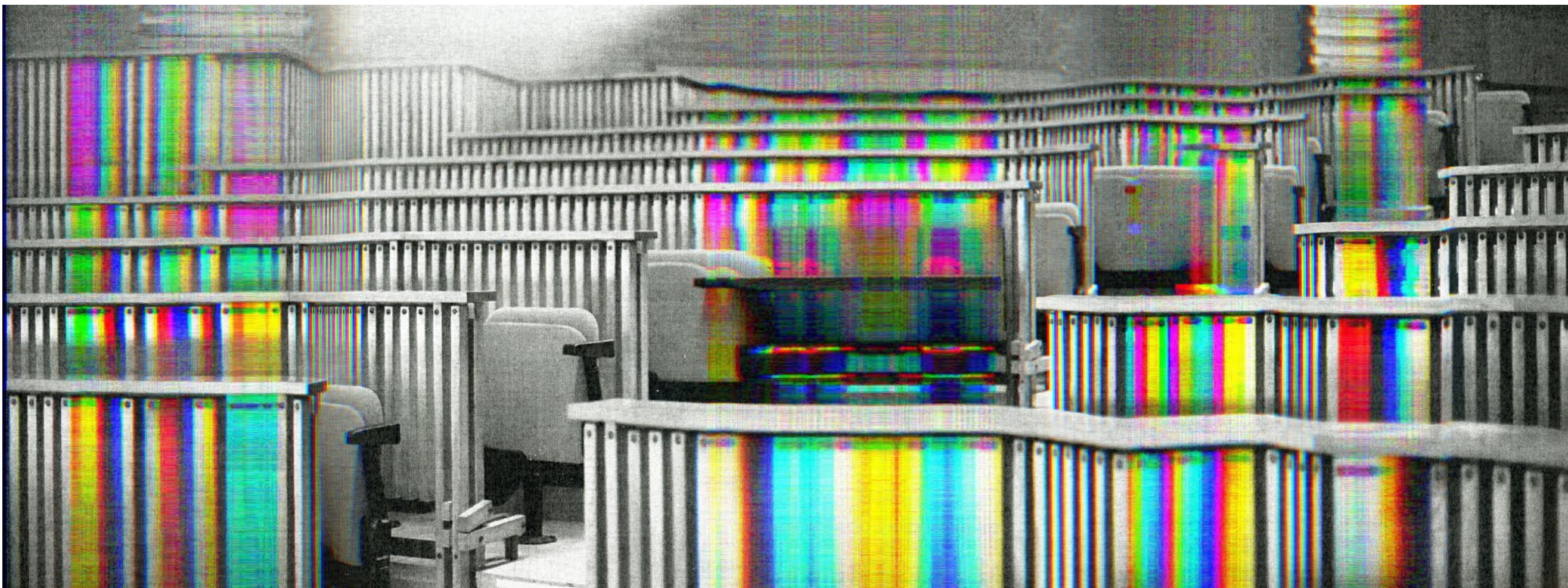


La participación en el parlamento tiene una gran influencia sobre los partidos políticos, más incluso cuando vienen de ser movimientos de masas. Por un lado, porque convertirse en una fuerza institucional supone moderar el discurso y las formas, y eso en muchas ocasiones viene de la mano de la neutralización del movimiento de masas. Pueden ser paradigmáticos el caso de EH Bildu con el Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) o el caso de Podemos con el movimiento 15-M. Por otro lado, la gestión de las instituciones capitalistas exige actuar en el terreno de juego de la burguesía, con sus normas y deberes, y eso genera a estos partidos un notable desgaste, así como una acentuación de sus contradicciones. EH Bildu asume esas contradicciones con naturalidad y se esfuerza por neutralizarlas, contraponiendo constantemente dos discursos opuestos. Ha desarrollado una división de funciones entre sus organizaciones para hacerse con la hegemonía de la clase media nacional en su diversidad. Por ejemplo, mientras sus cargos institucionales van a los homenajes de la Policía autonómica, pone en marcha una campaña contra ella a través de su organización juvenil; o mientras acepta los presupuestos de guerra y a favor de la militarización, impulsa cierta movilización contra la guerra. Así, responde a las inquietudes de la juventud y de una base social que viene del MLNV, y, a su vez, establece las condiciones para seguir nutriéndose de la base social del PNV. Para EH Bildu, cada vez es más estratégico llegar a esa segunda masa y apropiársela; por esa razón, cada vez se esfuerza más por mostrarse como un buen gestor de las instituciones, y realiza cada vez menos concesiones a los sectores de izquierdas.

De izquierda a derecha, los fundamentos de las propuestas políticas son idénticos. Todos admiten la forma de organización de la burguesía: su aceptación del aparato estatal es total, así como la defensa de la propiedad privada y un modelo de sociedad basado en la explotación. Por si esto fuera poco, diseñan sus políticas sobre la base de una pequeña parte de las ganancias capitalista, sin cuestionar la propia ganancia capitalista. Esto trae consigo la deslegitimación de la organización política independiente y la eternización de la existencia de toda una clase desposeída, pues al fin y al cabo todos defienden la sociedad de clases. Los partidos con opiniones y puntos de vista diferentes pueden reflejar diversidad, pero siempre bajo el mismo pensamiento. Es esa su democracia, su diversidad de alternativas.

La mayoría de los partidos no buscan la representación institucional del proletariado, pues ya no es posible la integración pacífica y beneficiosa de este sector en el pacto social, y porque el único camino posible es su exclusión y el autoritarismo

Como consecuencia de la naturaleza del parlamentarismo, pero también porque se han ido manifestando los límites estructurales generados por el contexto de crisis, la capacidad de los partidos para representar diferentes sectores de la sociedad ha ido disminuyendo. Por un lado, porque, como se ha mencionado, el proletariado no tiene el carácter de masa electoral, a causa de la creciente falta de adhesión hacia las instituciones; y, por otro, porque en época de crisis, la financiación para los beneficios que recibía en el Estado de Bienestar se ha reducido. La mayoría de los partidos no buscan la representación institucional del proletariado, pues ya no es posible la integración pacífica y beneficiosa de este sector en el pacto social, y porque el único camino posible es su exclusión y el autoritarismo. Fuera de esto, cada partido tiene bien definido su potencial receptor. El destinatario que pueden alcanzar en tiempos de prosperidad es más amplio, ya que el margen para hacer política también es más ancho. Sin embargo, el proletariado nunca ha sido un potencial receptor electoral para el partido de la burguesía. Sus mejoras se han debido a políticas diseñadas para la clase media, o como resultado de la capacidad de presión de un movimiento proletario fuerte, externo a las instituciones. En otras ocasiones, también han sido concesiones puntuales hechas a cambio de la asimilación e integración de movimientos fuertes.



Tomando como objeto de análisis el caso del estado español, el “gobierno progresista” de los últimos años ha tomado medidas para proteger una clase media cada vez más reducida. El peaje por pagar en esta ocasión ha sido la sumisión de la clase trabajadora; principalmente, el apagamiento del ciclo de lucha que imperó en Euskal Herria y la asimilación de movimientos como el 15-M. En el caso del Gobierno de España, más que la aprobación o el efecto de las medidas sociales, lo que más eco ha tenido ha sido la propaganda en torno a estas. Nos venden mejoras “históricas” al mismo tiempo que las condiciones de vida empeoran de forma notable. Aunque parezca paradójico, mientras el gobierno que se presenta como alternativa al fascismo está en el poder, las ideologías fascistas se extienden como la pólvora. Y es que, ciertamente, este gobierno ha aprobado la reforma laboral y la reforma del código penal, ambas reaccionarias, así como otras leyes que tienen más carácter propagandístico que impacto real, como la moratoria de los desahucios o la reforma laboral. Además, ha dejado el camino

libre a los grupos mercenarios fascistas como los desocupas, para que persigan, intimiden y ataquen al proletariado más vulnerable. El abismo entre lo que dicen y la realidad es enorme. El gobierno del PSOE y Podemos, más que un estado social para la clase trabajadora, lo que ha garantizado es una óptima acumulación de capital. Indicio de ello son las tasas de ganancia históricas que están obteniendo las grandes empresas, y, mientras tanto, la capacidad que ha tenido el gobierno para gestionar la miseria y asegurar la paz social.

SOBRE LA NECESIDAD DE CONSTRUIR EL PODER PROLETARIO

La burguesía ha presentado su cara más democrática en tiempos de prosperidad económica, en épocas en las que ha podido generar políticas sociales más amplias, Estados de Bienestar o Estados de Derecho. En esos momentos la burguesía ha conseguido incorporar en sus instituciones partidos obreros y sindicatos a cambio de ciertas concesiones políticas y sociales, y eso, a la larga, supone la

democratización y el lavado de cara de la burguesía. Pero las concesiones económicas y políticas realizadas no son resultado de la voluntad de la burguesía, ni tampoco consecuencia de subordinar los intereses de los trabajadores a los de la burguesía y de integrarse en el sistema, sino de la dura lucha de partidos obreros y organizaciones revolucionarias que obligaron a la burguesía a ello. Todas las mejoras en las condiciones de vida de la clase trabajadora se han conseguido así, y debemos entenderlas de esta manera, es decir, como victorias del proletariado revolucionario, y no como resultado del pragmatismo del reformismo parlamentario. En cambio, a medida que el movimiento obrero independiente ha ido desapareciendo, la burguesía ha ido mostrando su cara más autoritaria, y, así, ha pasado de ser símbolo de representación de la sociedad directamente a dejar de ocultar que es un mecanismo para la dominación de clase.

Si observamos las tendencias de un sistema capitalista en crisis, sin embargo, podemos afirmar

que la sociedad se encuentra frente a uno de los retos más grandes que ha tenido en las últimas décadas: la amenaza de una guerra global es cada vez más real, la clase trabajadora se empobrece sin parar, la destrucción de los recursos naturales parece estar llegando al extremo, y el estado burgués tiene cada vez más represión y menos servicios que ofrecer al proletariado. En esta coyuntura histórica, además, como hemos expuesto hasta ahora, todos los partidos de la burguesía ofrecen una sola receta al proletariado: la subordinación política y la miseria.

Este contexto nos plantea una posibilidad histórica para reorganizar un Movimiento Socialista fuerte para articular, frente a todas las cuestiones clave aquí descritas, contra el programa único de la oligarquía internacional, una propuesta comunista fuerte que servirá de alternativa real. Esto es, construir una alternativa socialista fuerte, que nos permita ganar la referencialidad política en todos los frentes.

En lugar de limitarnos a escoger entre los futuros distópicos que nos ofrece la burguesía, debemos construir un porvenir que tenga como bases la libertad y la justicia

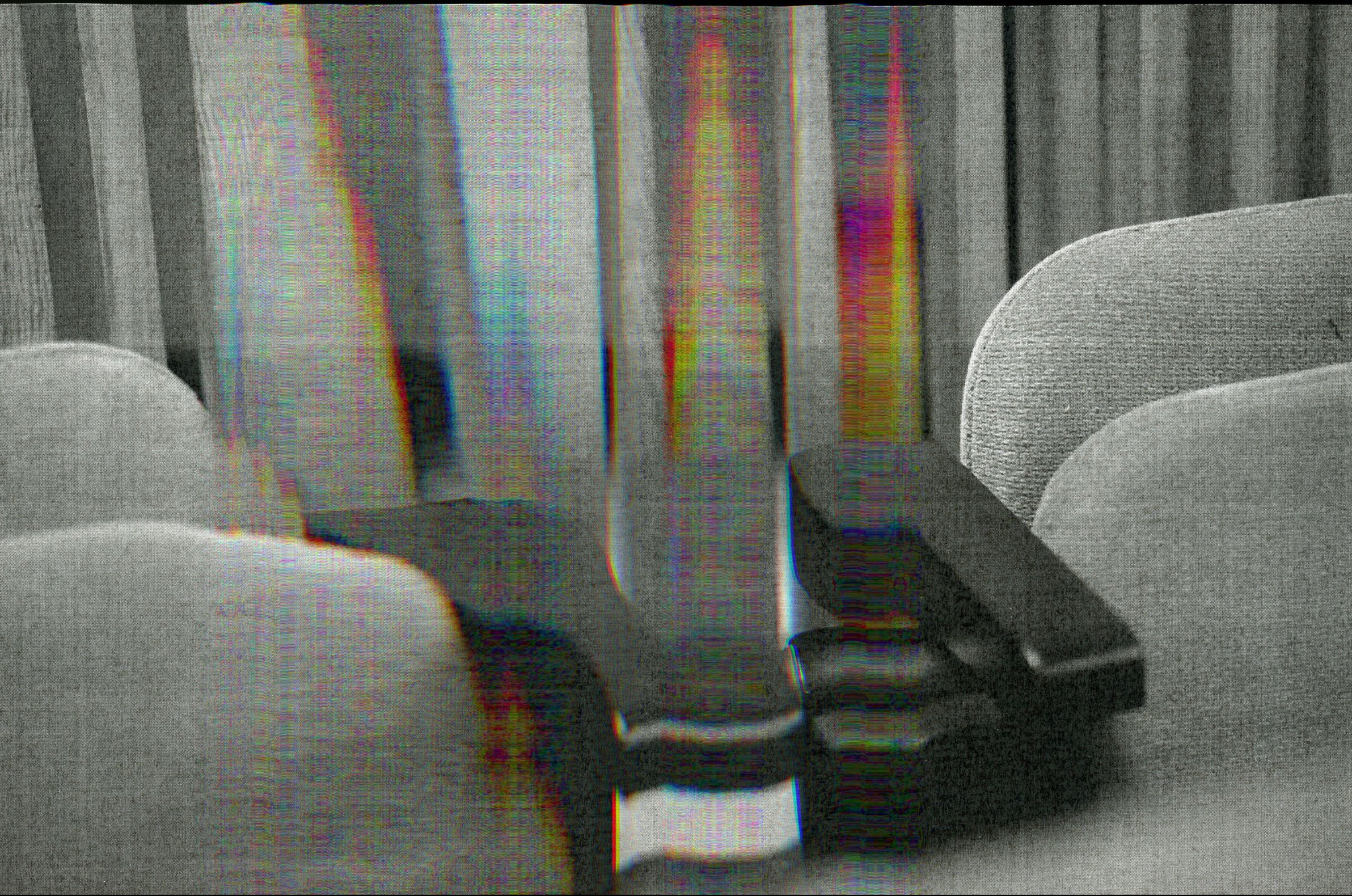
Si este proceso tiene éxito será porque el comunismo habrá superado los límites del imaginario político hegemónico. En lugar de limitarnos a escoger entre los futuros distópicos que nos ofrece la burguesía, debemos construir un porvenir que tenga como bases la libertad y la justicia. Para ello, es fundamental romper con el sentido común que relaciona la política con la gestión directa de las instituciones burguesas, en tanto que esto implica acotar todas las opciones políticas posibles a la redistribución de las ganancias, y, por lo tanto, limita el fundamento de toda política a la eternización del Capital. En lugar de esto, sólo si ponemos la expropiación de toda la ganancia capitalista en el punto de mira, es decir, sólo si nuestro objetivo es asegurar el control democrático sobre la riqueza que crea la propia clase trabajadora se nos presentarán como opciones los servicios gratuitos, universales y de calidad. Asimismo, además de las ganancias, si situamos el control de la producción y de los medios de producción en el horizonte y contraponemos un sistema de producción vinculado a las necesidades de la sociedad frente al modelo organizado alrededor de las necesidades del mercado, sólo entonces empezará a ser posible detener la destrucción del planeta. Trayendo a primera línea las necesidades universales e internacionales del proletariado, entonces seremos capaces de parar la escalada bélica que puede mandar el mundo a paseo. Existe una premisa clara para ello: hay que organizar la revolución socialista.

Como primer paso en esa dirección, nos es necesario crear una red internacional fuerte de militantes comunistas y formar un programa comunista actualizado que responda a los principales retos del proletariado hoy en día. Esto sólo será posible a través del debate disciplinado y racional entre los comunistas de todas partes. Hemos de reparar en la historia de dos siglos de la clase trabajadora, observar los errores cometidos y actualizar los aciertos. Al mismo tiempo, debemos comenzar a construir y hegemonizar todo un sistema de pensamiento capaz de entender los fenómenos políticos, económicos y sociales a nivel internacional y de dar respuesta a esas problemáticas.



Con ese objetivo, resulta imprescindible un nuevo hilo rojo de voluntades múltiples capaz de contraponerse a la plantilla de burócratas que hoy representan los partidos. En lugar de arribismos movidos por los sueldos y las famas, necesitamos a toda una masa militante basada en la disciplina y el compromiso. Si los partidos institucionales de la burguesía buscan apoyo en una masa electoral sin compromiso ni responsabilidad, los partidos comunistas son la articulación del proletariado organizado y revolucionario. En definitiva, la articulación de estructuras militantes basadas en la participación activa y el empoderamiento político.

Una de las mayores victorias de la burguesía en las últimas décadas ha sido limitar nuestra ambición, mutilar nuestra proyección de libertad. Las elecciones juegan un rol fundamental en todo ello, pues sólo nos dan la opción de escoger entre las que no son más que alternativas diferentes únicamente en apariencia. Gane quien gane, ganarán los de siempre. Debemos contraponer las que serán la democracia y la libertad reales del proletariado a la democracia y la libertad liberales que se han extendido durante varias décadas. Tenemos mucho que ganar. ●



ENTRE LAS BALAS Y LOS VOTOS:

TÁCTICA COMUNISTA PARA LA TOMA DEL PODER POLÍTICO

Texto — **Arteka**

Imagen — **Amaiur Santxoierto**

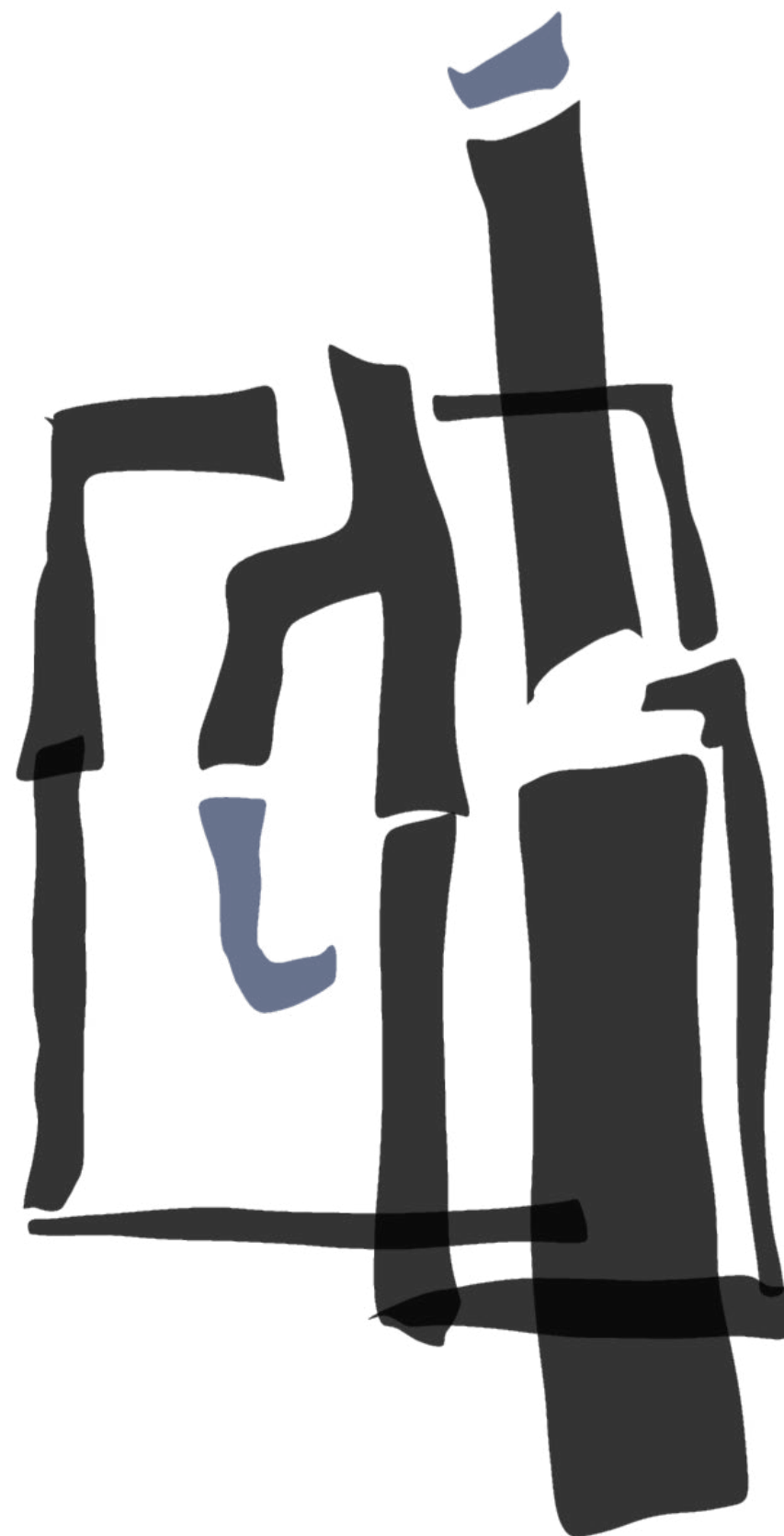


“**P**ara que una revolución tenga lugar, es, en general, insuficiente que ‘ya no se soporte desde abajo’; es menester, además, que ya no se pueda vivir como en el pasado”

-Lenin

“**S**ería ingenuo, esperar una mayoría ‘formal’ de los bolcheviques (...) Ninguna revolución lo espera”

-Lenin, Carta del 13 de septiembre al Comité Central



Es cierto que los partidos comunistas que conquistaron el poder político en distintos lugares del mundo se presentaron a las elecciones en algunas ocasiones, es decir, desarrollaron tácticas parlamentarias en determinados momentos. No obstante, cabe preguntarse si presentarse a las elecciones fue condición *sine qua non* para el triunfo de la revolución socialista, o si por el contrario, la toma del poder político por parte del proletariado fue el resultado de un desarrollo organizativo más amplio.

Para ello, partiremos de unas nociones teóricas básicas de la teoría marxista sobre la toma del poder político y la Dictadura del Proletariado. Después, observaremos la dimensión cuantitativa de la Revolución Rusa del siglo XX. Finalmente, comprobaremos, también de forma empírica, qué alcance electoral y militante llegaron a tener algunos partidos comunistas en Occidente, haciendo especial hincapié en el Partido Comunista Italiano.



TEORÍA MARXISTA GENERAL DEL ESTADO Y EL PODER POLÍTICO: LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Según la teoría marxista, el estado es una institución que sirve a los intereses de la clase dominante en una sociedad dada. Karl Marx describió el estado como un “comité ejecutivo” o “consejo de administración” de la burguesía en las sociedades capitalistas, es decir, argumentó que el estado se encarga de proteger y promover los intereses de la clase dominante de cada momento histórico; intereses que en la sociedad capitalista no son otros que los de la burguesía. Marx, al igual que su compañero Friedrich Engels, decía que, en última instancia, el estado se basa en la violencia y la coerción para imponer el orden social y proteger los intereses de la clase dominante. Estos intereses objetivos se manifiestan en la aplicación de leyes, el sistema judicial y en la capacidad del estado para emplear el monopolio de la fuerza organizada en defensa de la propiedad privada y la estructura de clases existente.

De esta noción clasista del estado, Marx y Engels deducen que éste desaparecería o “se extinguiría” en una sociedad comunista, en una sociedad sin clases. Pero para llegar a ese estadio proponen la necesidad histórica de “la Dictadura del Proletariado”, un período transitorio en el que el proletariado tomaría el control del estado para destruir el poder burgués, transformar las relaciones de sociales de producción y avanzar hacia el comunismo.

Como consecuencia, Marx y Engels desenmascararon la democracia burguesa como espejismo que encubre ideológica y políticamente la Dictadura del Capital sobre las masas desposeídas. Al considerar que las estructuras socioeconómicas subyacentes al estado están controladas por la clase dominante, consideraban que la democracia burguesa no podía ser, tal y como presume, una verdadera expresión de la “voluntad popular”, “voluntad general” o “soberanía nacional”.

Para llegar a ese estadio proponen la necesidad histórica de “la Dictadura del Proletariado”, un período transitorio en el que el proletariado tomaría el control del Estado para destruir el poder burgués, transformar las relaciones de sociales de producción y avanzar hacia el comunismo

En la misma dirección, Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, concibió el estado como “instrumento de dominación de clase”. En la obra *El Estado y la Revolución* defendió la idea de que la revolución proletaria debe llevar a la destrucción del aparato estatal burgués en lugar de simplemente tomar el control de sus instituciones existentes. Consecuentemente, propuso la creación de un nuevo tipo de estado, basado en consejos obreros (soviets), como la forma más auténtica y desarrollada de democracia/dictadura proletaria.

DOCTRINA MARXISTA DE LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO

De la teoría general esbozada anteriormente se desprende la pregunta ¿cómo?; la doctrina marxista clásica trató de dilucidar con qué fuerzas debe contar el proletariado exactamente y de qué forma deben estar dispuestas para acometer la tarea de la conquista del poder político. En materia de esta ciencia subversiva, fueron especialmente relevantes los hallazgos realizados a través de la experimentación de diversas formas de movilización de masas, la función de la propaganda y, sobre todo, el elemento organizativo, que abarcaba desde la teoría de la forma general del Partido hasta las técnicas organizativas más concretas.

Los padres del comunismo moderno estudiaron profundamente la revolución y la violencia para descartar algunos modelos concretos, pero no teorizaron la insurrección de forma sistemática y positiva. Eso sí, esbozaron una serie de ideas generales que luego los bolcheviques asumieron y desarrollaron con mayor amplitud: la unidad de las dimensiones de lo político, lo social y lo militar en la lucha revolucionaria, la evaluación de las relaciones de fuerza y de las condiciones objetivas, análisis de las etapas sucesivas de un proceso subversivo, el factor de la erosión moral y material del Ejército de la burguesía y el armamento e instrucción al pueblo bajo la dirección de oficiales de la milicia proletaria, entre otros [1]. Con las lecciones de la experiencia revolucionaria alemana de 1848-1849 en la mano, Engels afirmó que “la insurrección era un arte como la guerra”, y, por tanto, debía atenerse a “ciertas normas de procedimiento”. El consejo básico era “no intentar la rebelión hasta que la organización revolucionaria no estuviese plenamente preparada para afrontar todas las consecuencias”, y cuando ésta se iniciase, era absolutamente esencial mantener la ofensiva a toda costa [2].

A la luz de estas nociones y su posterior concreción teórico-política en Rusia, la Gran Revolución Socialista de Octubre sacudiría toda Europa y el mundo entero, demostrando la actualidad de la vía revolucionaria al socialismo. La maquinaria organizativa bolchevique fue una de las pocas formaciones políticas que había asumido en la práctica la toma del poder según una doctrina de la insurrección claramente formulada, actualizando y concretando la teoría marxista de la conquista violenta del estado y dotándole de un cuerpo organizativo [3]. El líder revolucionario dio otra vuelta de tuerca a la concepción de la revolución como “arte” en Marx y Engels, y sentenció el siguiente principio: “Es imposible mantenerse fieles al marxismo, a la revolución, sin considerar la insurrección como un arte” [4]. La idea insurreccional bolchevique, por tanto, se entendía como un eslabón en una larga cadena de circunstancias revolucionarias vinculadas con el movimiento de masas. En el folleto *La quiebra Segunda Internacional* en 1915, Lenin establecía tres indicios o condiciones para definir una situación histórica como “prerrevolucionaria” [5]:

- 1-. Crisis interna de la clase dirigente.
- 2-. La agravación anormal de las privaciones y sufrimientos de las clases oprimidas.
- 3-. El aumento sensible, en virtud de lo expuesto, de la actividad de las masas.

No obstante, Lenin siempre recalcó que “toda situación revolucionaria no engendra necesariamente una revolución”, y es que “ésta no se realiza sino cuando se añade a los factores enumerados el factor subjetivo, es decir, la aptitud de la clase revolucionaria para la acción revolucionaria, la aptitud de las masas, suficientemente fuerte, para romper o quebrantar el antiguo gobierno, que, aun en el apogeo de la crisis, “no caerá si no se le hace caer” [6]. Según recuerdan los dirigentes de la Internacional Comunista en la obra *La insurrección armada*, Lenin jamás consideró la insurrección como un acto aislado, sin relación con los demás momentos estratégicos de la lucha de clases. “La insurrección se prepara por toda la lucha de clases de un país; es simplemente la continuación orgánica de esta lucha” [7], subrayaban. Es más, consideraban lo siguiente, con aún mayor claridad conceptual: “Toda la actividad del partido revolucionario: lucha por la paz, contra la intervención imperialista (en China, en la URSS, etcétera), contra las guerras imperialistas en preparación (en Europa, en América, etcétera), contra la racionalización capitalista, por el aumento de los salarios, los seguros sociales en general, por la elevación del nivel de vida del proletariado, la nacionalización del suelo, la lucha parlamentaria, etc., todo esto debe dirigirse hacia la preparación y la movilización de las masas para una forma superior de lucha durante el impulso de la revolución, para la insurrección” [8].

La maquinaria organizativa bolchevique fue una de las pocas formaciones políticas que había asumido en la práctica la toma del poder según una doctrina de la insurrección claramente formulada, actualizando y concretando la teoría marxista de la conquista violenta del estado y dotándole de un cuerpo organizativo

No obstante, aunque las condiciones indispensables para el éxito de la insurrección estén teóricamente definidas, históricamente ha resultado muy difícil apreciar prácticamente el grado de madurez de la situación revolucionaria y, por consecuencia, decidir la cuestión del comienzo de la insurrección. “El problema de la fecha de la insurrección es de una importancia excepcional”, admitían los dirigentes de la Internacional Comunista [9]. Y no es para menos, ya que éste ha sido uno de los factores más importantes que han distinguido a las revoluciones exitosas de las fallidas. A continuación nos detendremos a observar La Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917, prestando especial atención al proceso que fraguó la conquista del poder político de los bolcheviques y con qué medios humanos dispusieron para ello.



REVOLUCIÓN DE OCTUBRE (1917)

Los bolcheviques, liderados por Lenin, participaron en algunas elecciones a la Duma (parlamento ruso) Estatal y en las elecciones de la Asamblea Constituyente tras la Revolución de Octubre de 1917. Sin embargo, la adopción de la táctica electoral “pacífica” en la Rusia revolucionaria por parte de los bolcheviques fue breve y nunca preponderante sobre otras prioridades estratégicas como la participación en los Soviets (consejos obreros independientes) o la misma preparación de la insurrección.

No hay que olvidar que en Rusia existía un claro poder dual tras la Revolución de Febrero: el de los Consejos Obreros y el del aparato oficial del estado post-zarista. En este contexto, Oskar Anweiler recuerda en su obra *Los Soviets en Rusia cómo los bolcheviques siguieron una doble orientación antes de llegar al poder*: “Por un lado, estaban ocupados en la propagación de su propio programa y su lucha despiadada contra el Gobierno Provisional, para ganarse la mayoría en el soviet; y por otro lado, exigían la toma del poder por los consejos socialistas moderados”^[10]. Esta táctica respondía a una lógica clara, y es que la dirección bolchevique era consciente de que si los socialistas moderados tomasen el gobierno, no cumplirían ni el programa de mínimos que requerían las amplias masas. Contaban con que, en aquella situación excepcional, objetivamente revolucionaria, el ansia de paz de los soldados en el frente, el hambre de los campesinos y la agitación de los obreros les allanarían el camino a tener la mayoría en los Soviets (que no en la Duma), y con ello, deponer incluso un Gobierno Provisional de los socialistas moderados. Este plan, recordaba Iósif Stalin, “no significaba naturalmente la Dictadura del Proletariado, pero sin duda facilitaba la creación de condiciones necesarias para el aseguramiento de la dictadura,

ya que este plan aceleraría, dado que ponía a los mencheviques y socialrevolucionarios en el poder y les forzaba a llevar a cabo su plataforma anti-revolucionaria en la praxis, el descubrimiento de la auténtica realidad de estos partidos, su aislamiento, su desapego de las masas”^[11].

Esto no suponía, de ninguna manera, una renuncia a las convicciones bolcheviques fundamentales sobre el carácter inherentemente violento de la revolución, sino que en un momento concreto consideraron la hipótesis de que, con el Partido del proletariado revolucionario ya articulado en vías a la independencia política y con un fuerte empuje de las masas, se abría una oportunidad especial para llegar al poder sin necesidad de una insurrección. Inmediatamente pudieron comprobar que no fue posible, y no se empeñaron en prolongar más esa táctica. De hecho, Anweiler recuerda que “esto fue aconsejado y propagado por él (Lenin) sólo bajo las determinadas condiciones de la primavera de 1917 en Rusia”^[12]. Por lo demás, el líder bolchevique dejó claro que la guerra civil era la vía normal de la revolución socialista, y que el “camino pacífico” era solo una excepción^[13]. Además, la hipótesis de la toma del poder pacífica por los bolcheviques tampoco excluía en ningún momento las medidas represivas oportunas contra los enemigos de clase y los traidores.

Por lo demás, el líder bolchevique dejó claro que la guerra civil era la vía normal de la revolución socialista, y que el “camino pacífico” era sólo una excepción

En el mismísimo mes de octubre de 1917 contaban con al menos 400.000 miembros; es decir, Lenin y sus camaradas contaron con el apoyo directo, activo y organizado de poco más del 0,3% de la población del Imperio Ruso para tomar el poder

Centrándonos en las dimensiones cuantitativas de la fuerza organizativa de los bolcheviques en el momento de la revolución, cabe mencionar que hasta agosto de 1917 a los bolcheviques sólo les seguía una minoría en Rusia. Es más, Anweiler señala que eran “el grupo más pequeño entre los tres mayores partidos socialistas”, tanto en su representación en los Soviets, como en los parlamentos oficiales urbanos y rurales^[14]. A seis meses de la Revolución de Octubre, en abril de 1917, los miembros del partido dirigido por Lenin rondaban los 80.000 (0,06% de la población total rusa de entonces) y en agosto, tan sólo dos meses antes de llegar al poder, subieron hasta la asombrosa cifra de los 240.000 militantes; pero que no dejaba de ser el 0,18% de la población rusa total^[15]. Poco después, según recoge un acta de reunión del Comité Central del Partido Bolchevique^[16], en el mismísimo mes de octubre de 1917 contaban con al menos 400.000 miembros; es decir, Lenin y sus camaradas contaron con el apoyo directo, activo y organizado de poco más del 0,3% de la población del Imperio Ruso para tomar el poder.

Por tanto, si las condiciones históricas específicas mostradas anteriormente y el factor cuantitativo absoluto mínimo no son suficientes por sí solos para explicar la conquista del poder político, ¿qué otros elementos intercedieron en el triunfo bolchevique? Factores

como la disposición estratégica y cualitativa de la fuerza militante, así como la extensión de la red de simpatizantes pueden contribuir a hacernos una idea. Por un lado, cabe destacar que ese crecimiento en el tejido militante y el prestigio bolchevique se dio principalmente entre las zonas más industrializadas del campo y las capitales, sobre todo entre el proletariado industrial. Por otro lado, el apoyo a los bolcheviques se aceleró aún más según el Gobierno Provisional mostraba una clara incompetencia y falta de voluntad política a la hora de asumir las tareas más urgentes para las masas hambrientas, masacradas y oprimidas bajo los escombros del Imperio Ruso. El poder ya no se sostenía mediante mano dura, es más, el golpe de estado del General Kornilov de julio de 1917 y la férrea resistencia que opusieron los bolcheviques ante ello no hizo más que aumentar el prestigio de los comunistas, que abanderaban un programa de “Paz, Tierra y Pan”. Así, entre finales de agosto y principios de septiembre de 1917, el bolchevismo se convirtió en un gran movimiento de

Junto a cada militante bolchevique se reunían 20, 30 o incluso 50 ‘bolcheviques’ que no eran miembros del partido, sino simpatizantes

masas. Anweiler lo ilustra con una estimación del ejército de simpatizantes del Partido Bolchevique: “Junto a cada militante bolchevique se reunían 20, 30 o incluso 50 ‘bolcheviques’ que no eran miembros del partido, sino simpatizantes”^[17]. Es decir, que tomando la modesta referencia de 20 simpatizantes por cada miembro del partido como referencia, en octubre de 1917 podrían contar con una base social de al menos 8 millones de personas que los apoyaban a pesar de no ser miembros orgánicos; esto supondría ya el 6 % de la población rusa. Un 6 % de la población, recordemos, situado en posiciones geográficas, económicas y sociales de una importancia estratégica para el desarrollo capitalista en Rusia. Anweiler ofrece más detalles al respecto:

Los comités de fábrica eran bolcheviques en su mayoría en Petersburgo y Moscú, en el Ural y en el valle del Donec desde el verano de 1917. Pero también los sindicatos, dominios de los mencheviques en los primeros meses de la Revolución, cayeron en otoño progresivamente bajo la influencia de los bolcheviques. Mientras que los bolcheviques en el Congreso sindicalista de toda Rusia (junio de 1917) sólo tenían a su lado a un 36,4% de los delegados, entre los 117 delegados sindicalistas, en la Conferencia Democrática de septiembre eran un 58% bolcheviques, frente a un 38,4% de mencheviques y socialrevolucionarios de derechas. En la víspera de octubre casi todos los sindicatos de las grandes ciudades industriales estaban a favor del partido de Lenin, a excepción de la importante asociación ferroviaria, los sindicatos de correos, telégrafos y los impresores^[18].

En aquel contexto, Lenin había evaluado la crisis interna de Rusia y la situación internacional, llegando a la conclusión de que estaba madura para que los bolcheviques asumieran el poder de inmediato. Con una visión clara y consciente de la trascendencia de ese momento histórico singular, estaba convencido de la necesidad política de la insurrección y de su preparación práctica inmediata. Para ello, tuvo que abrirse paso a codazos incluso dentro del Comité Central del Partido Bolchevique, aislando a los que se oponían y atrayendo a los vacilantes.

En su carta al Comité Central del 13 de septiembre, titulada *Marxismo y sublevación*, Lenin acusaba de oportunistas a quienes se resistían a considerar la insurrección como un arte, siempre que las condiciones objetivas estuvieran maduras para ello. Estaba absolutamente enfocado en el aspecto técnico del levantamiento planeado y temía que fuera demasiado tarde. En aquel preciso instante desestimaba la investigación sobre la mayoría democrática en la Revolución y la legalidad de la sublevación le daba absolutamente igual. La sublevación no podía esperar ni siquiera a la reunión del II Congreso de soviets de toda Rusia, consideraba “catastrófico” postergarla hasta ese momento. En una carta contundente al Partido, llegó a calificar la actitud de espera como “total idiotéz o total traición”: la condiciones estaban dadas, primero había que aplastar al Gobierno Provisional de Kerenski, luego se convocaría el Congreso de los soviets. Para Lenin en aquel momento los órganos superiores soviéticos no eran decisivos, retomó su antigua concepción de los consejos como órganos de sublevación. La consigna “todo el poder para los soviets” en aquel momento equivalía, más que nunca, al llamado a la sublevación. Era conocedor de que los consejos debían desempeñar un papel práctico en la sublevación, pero debido al carácter líquido en sus mayorías, abogaba por que el Partido Bolchevique dirigiera la preparación práctica del le-

vantamiento de manera independiente, justo en el momento exacto en el que eran más fuertes en los soviets. En general, la concepción de Lenin para la sublevación de octubre implicaba que el Partido Bolchevique llevara a cabo la insurrección y la toma del poder fuera ratificada por los consejos.

Después de todo esto, empezamos a comprender por qué ni siquiera la mayoría formal en las elecciones burguesas fuese un elemento necesario para que los bolcheviques tomaran el poder. A los hechos nos remitimos: los resultados de las votaciones para la Asamblea Constituyente tras la Revolución de Octubre dio la siguiente repartición de votos y escaños ^[20]:

Socialrevolucionarios rusos	15.848.004
Socialrevolucionarios ucranianos	1.286.157
Coalición de socialistas ucranianos	3.556.581
Socialrevolucionarios y seguidores en total	20.690.742
Bolcheviques	9.844.637
Mencheviques	1.364.826
Otros socialistas	601.707
Demócratas constitucionales	1.986.601
Grupos conservadores rusos	1.262.418
Grupos nacionalistas	2.620.967

Tabla 1: Resultados en votos de las elecciones para la Asamblea Constituyente de Rusia tras la Revolución de Octubre

Socialrevolucionarios rusos	299
Socialrevolucionarios ucranianos	81
Socialrevolucionarios de izquierdas	39
Bolcheviques	168
Mencheviques	18
Otros socialistas	4
Demócratas constitucionales	15
Conservadores	2
Grupos nacionalistas	77

Tabla 2: Resultados en escaños de las elecciones para la Asamblea Constituyente de Rusia tras la Revolución de Octubre

La consigna “todo el poder para los soviets” en aquel momento equivalía, más que nunca, al llamado a la sublevación. Era conocedor de que los consejos debían desempeñar un papel práctico en la sublevación, pero debido al carácter líquido en sus mayorías, abogaba por que el Partido Bolchevique dirigiera la preparación práctica del levantamiento de manera independiente, justo en el momento exacto en el que eran más fuertes en los soviets





En las elecciones para la Asamblea Constituyente, los bolcheviques no lograron los votos esperados; eso sí, obtuvieron el 23,9 %, se convirtieron en el segundo partido más fuerte y el número de votantes bolcheviques en aquellas elecciones fue 24 veces más grande que el número de los afiliados al partido

Los levantamientos armados proletarios, por su parte, allá donde contaban con un apoyo local significativo de la población obrera, lograban en un primer momento desbordar a las fuerzas del orden burgués con facilidad, incluso cuando los insurrectos se encontraran en clara inferioridad numérica

En las elecciones para la Asamblea Constituyente, los bolcheviques no lograron los votos esperados; eso sí, obtuvieron el 23,9 %, se convirtieron en el segundo partido más fuerte y el número de votantes bolcheviques en aquellas elecciones fue 24 veces más grande que el número de los afiliados al partido, a pesar de no contar con la mayoría de la población rusa. En la otra cara de la moneda, aquellas elecciones mostraron también un hecho que ayuda a comprender por qué los bolcheviques apostaron por una táctica parlamentaria: Rusia era un país donde la mayoría de la población simpatizaba con el socialismo, los diferentes partidos socialistas se presentaban a las elecciones y de hecho habían ganado el apoyo de las 4/5 partes de la población. Entre ellos, los bolcheviques sólo obtuvieron aproximadamente un cuarto de los votos a nivel nacional, pero la dimensión cualitativa de éste apoyo reveló una realidad diferente y decisiva para la correlación de fuerzas general en la lucha de clases, que no en las elecciones. Los bolcheviques obtuvieron la mayoría relativa o absoluta en grandes ciudades, los cinturones industriales y, muy importante, en las guarniciones militares del interior. Además, tenían gran influencia en

los ejércitos en el frente norte, noroeste y la flota del Báltico. Obtuvieron nada menos que el 41% del voto total del ejército ^[21], un hecho cuyo significado es más que evidente. Eso sí, cabe recordar que, a diferencia de los ejércitos contemporáneos, el ejército ruso de 1917 no era profesional: estaba compuesto en un 85% por suboficiales y soldados rascos ^[22] que provenían principalmente de extracción social proletaria o campesina pobre. Fuera de su bastión, los bolcheviques ganaron influencia también entre algunos campesinos en territorios centrales, del noroeste y la Rusia blanca.

La correlación entre los resultados electorales y la fuerza de los partidos en los soviets locales indicaba una clara relación con la mayoría bolchevique en consejos obreros y de soldados en las ciudades. Por el contrario, la superioridad socialrevolucionaria en las organizaciones campesinas se reflejaba en su éxito electoral en las áreas agrarias. Anweiler concluye que, en esencia, los resultados electorales anticipaban la disposición geográfica de fuerzas de la guerra civil en ciernes: “Los bolcheviques ocupaban el centro, mientras que sus opositores debían operar desde la periferia” ^[24].

Acto seguido, los bolcheviques disolvieron la Asamblea Constituyente y se celebró el Congreso de los soviets, demostrando que si se tiene suficiente fuerza como para plantearse una revolución “desde el parlamento”, paradójicamente, supone la misma fuerza necesaria para disolverlo. Así, finalizó la fase de transición desde la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917 hasta la consolidación del nuevo orden estatal: la democracia burguesa había fracasado ante el proletariado revolucionario. Además, apenas hubo protestas contra las primeras medidas de los bolcheviques, las masas campesinas y obreras, para las cuales la Asamblea Constituyente siempre había sido un ente distante y abstracto, mostraron mayor aceptación hacia las medidas prácticas concretas del gobierno revolucionario, en comparación con las resoluciones teóricas de una Asamblea Constituyente sin influencia real ^[25].

Para Lenin y los bolcheviques, por tanto, el factor decisivo en la Asamblea Constituyente siempre fue quién representaba la fuerza política definitiva, la fuerza política real. Es decir, no cuántos votos tenía, sino qué había detrás de esos votos, qué medios tenía tras de sí. “La cuestión de la Asamblea Constituyente está subordinada a la cuestión del desarrollo y el resultado de la lucha de clases entre burguesía y proletariado”, escribía Lenin a finales de julio de 1917 ^[26]. Un folleto bolchevique muy popular de la época era aún más explícito al respecto: “La Asamblea Constituyente tiene que reunirse en Petersburgo, para que así el pueblo revolucionario y, sobre todo, las tropas revolucionarias puedan tenerla bajo control y puedan ejercer presión sobre ella” ^[28].

INTENTO INSURRECCIONAL

La Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia resonó por toda Europa y el mundo entero, y sirvió de catalizador de los movimientos revolucionarios que se estaban articulando en todas partes. En el contexto de la devastación que dejó la Primera Guerra Mundial, la desestabilización de los regímenes autoritarios, la desconfianza en las instituciones burguesas y el descontento generalizado entre la clase obrera generaron un caldo de cultivo propicio para la agitación y la búsqueda de cambios radicales. En este contexto, la Internacional Comunista se propuso la rápida propagación de la revolución en Europa, donde sucedieron una serie de levantamientos armados proletarios y se articularon los primeros partidos comunistas. En cuanto a las elecciones, durante la primera oleada revolucionaria del siglo XX, los comunistas se presentaron durante períodos brevísimos y de forma instrumental, siempre bajo condiciones muy estrictas, con objetivos bien delimitados, sin descartar la opción del levantamiento en ningún momento y, consecuentemente, preparándolo.

Los levantamientos armados proletarios, por su parte, allá donde contaban con un apoyo local significativo de la población obrera, lograban en un primer momento desbordar a las fuerzas del orden burgués con facilidad, incluso cuando los insurrectos se encontraran en clara inferioridad numérica. No obstante, hasta los estados modernos menos desarrollados consiguieron sofocar la rebelión con el ejército, especialmente si ésta no se extendía más allá de unas regiones concretas, si las organizaciones revolucionarias no actuaban de forma unitaria o si no contaban con el apoyo de la población obrera. A pesar del fracaso de los intentos revolucionarios de Europa occidental, este ciclo de lucha serviría para conformar la base militante de los primeros partidos comunistas en Europa.

PARTIDO	AÑO	AFILIADOS
Partido Comunista de Alemania (KPD)	1918	106.656
Partido Comunista de Austria Alemania (KPÖ)	1918	3.000
Partido Comunista de Bélgica	1921	517
Partido Comunista Checoslovaco (KSC)	1921	170.000
Partido Comunista Danés (DKP)	1920	25.000
Partido Comunista Español (PCE)	1919	1.000
Partido Socialista Obrero de Finlandia (SSTP)	1920	2.500
Partido Comunista Francés (PCF)	1920	109.000
Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB)	1920	3.000
Partido Comunista de Italia (PCI)	1921	70.000
Partido Comunista de Luxemburgo (CPL)	1921	500
Partido Comunista Noruego (NKP)	1923	16.000
Partido Comunista de Holanda (CPH)	1918	1.799
Partido Comunista Rumano (PCR)	1921	2.000
Partido Comunista de Suecia (SKP)	1921	14.000
Partido Socialista Obrero de Grecia-Comunista (SEKE-K)	1920	1.320

Tabla 1: Cifras de afiliación de los partidos comunistas europeos en su fundación ^[29].

EL TECHO PARLAMENTARIO

Al término de la ofensiva revolucionaria de principios de siglo, la III Internacional concluyó que Occidente ya no se encontraba en una situación revolucionaria objetiva, por lo que debía adoptar una posición defensiva. En este contexto, vista la fortaleza económica y política del reformismo, la amenaza fascista y por miedo a que las masas les dieran la espalda, los comunistas decidieron, entre otras cosas, apostar por tácticas parlamentarias.

Después del esfuerzo titánico de la militancia comunista en las milicias antifascistas de la II Guerra Mundial, el prestigio de los partidos comunistas en Europa era tan notable que la III Internacional interpretó que existía la

posibilidad de llegar al poder mediante elecciones. Por lo general, en este período de posguerra los partidos comunistas contaron con mayor respaldo electoral que nunca y multiplicaron el número de militantes previos a la guerra. En los mejores casos, llegaron a alcanzar un tercio de los votos y rozaron el gobierno. Pero esto fue sofocado por parte de EEUU y la burguesía europea mediante chantajes financieros, propaganda anticomunista masiva, campañas de terrorismo e ilegalizaciones. Al Partido Comunista Francés (PCF), por ejemplo, le vetaron entrar en el gobierno, aunque fuese el partido más votado en las elecciones de 1946, y el KPD alemán fue directamente ilegalizado en 1956.

Se puede observar que con apoyos electorales similares o hasta mejores que los que obtuvieron los bolcheviques en 1917, algunos partidos comunistas de Occidente no consiguieron llegar al poder ni por la vía “democrática” ni mediante la insurrección. La táctica parlamentaria, sin embargo, se fue prolongando durante varias décadas en la Guerra Fría, pero no cumplió con sus objetivos y supuso un claro desgaste de los partidos comunistas. El PCI fue el único que logró mantener y hasta superar su fuerza electoral de la posguerra, pero a pesar de esto y de ser el partido comunista más fuerte de Europa Occidental, su ascenso electoral no se tradujo ni en un fortalecimiento social y militante ni en la ampliación de posibilidades para la Dictadura del Proletariado; más bien al contrario: sufrió una rebaja constante de principios y una sangría de miembros sostenida que lo acompañó hasta su disolución. El resto de partidos comunistas de masas, mucho más débiles que éste, siguieron un camino similar: prácticamente la totalidad de su capital político y humano fue integrado y devorado por los estados burgueses; aquellos que eran herederos directos del bolchevismo, los que fueron capaces de sostener un enorme esfuerzo de guerra y clandestinidad en la lucha partisana, que organizaron a millones de proletarios en sus filas bajo condiciones extremas y que pusieron contra las cuerdas a decenas de gobiernos, no resistieron al electoralismo.

Por lo general, en este período de posguerra los partidos comunistas contaron con mayor respaldo electoral que nunca y multiplicaron el número de militantes previos a la guerra. En los mejores casos, llegaron a alcanzar un tercio de los votos y rozaron el gobierno. Pero esto fue sofocado por parte de EEUU y la burguesía europea mediante chantajes financieros, propaganda anticomunista masiva, campañas de terrorismo e ilegalizaciones

PAÍS	AÑO DE ELECCIONES	PORCENTAJE DE VOTOS
Austria	1945	5,4 %
Bélgica	1946	12,7 %
Checoslovaquia	1946	37,9 %
Dinamarca	1945	12,5 %
Finlandia	1945	23,5 %
Francia	1946	28,26 %
Hungría	1945	16,9 %
Islandia	1946	19,5 %
Italia	1946	19,0 %
Luxemburgo	1945	13,5 %
Noruega	1945	11,9 %
Países Bajos	1946	10,6 %
República Federal Alemana	1949	5,7 %
Suecia	1944	10,3 %
Suiza	1947	5,1 %

Tabla 2: Porcentaje de votos de partidos comunistas en las primeras elecciones de la posguerra en Europa ^[30].

Con apoyos electorales similares o hasta mejores que los que obtuvieron los bolcheviques en 1917, algunos partidos comunistas de Occidente no consiguieron llegar al poder ni por la vía “democrática” ni mediante la insurrección. La táctica parlamentaria, sin embargo, se fue prolongando durante varias décadas en la Guerra Fría, pero no cumplió con sus objetivos y supuso un claro desgaste de los Partidos Comunistas

La experiencia histórica del siglo XX muestra que la participación electoral puede abrir la oportunidad (o el oportunismo, mejor dicho) de ceder en los principios ideológicos con el objetivo tacticista de romper el bloqueo electoral que sufren las organizaciones comunistas cuando se presentan a las elecciones. Así, el que fuera el objetivo (la revolución) queda relegado a un plano estético, mientras los que fueran los medios (las elecciones) pasan a ser un objetivo en sí. Los ciclos electorales tienden a imponerse como prioridad y a ser utilizados de forma indefinida, condicionando la fuerza militante en su crecimiento (tanto cuantitativo como cualitativo) y la aplicación política de la misma.

Además, el juego electoral de la democracia burguesa está tan amañado, que hasta cuando los partidos comunistas ganan la mayoría respetando las reglas del juego constitucionales de la democracia burguesa, asumiendo restringir su marco de acción y a veces hasta en coalición con el reformismo, el poder burgués (el poder real) organiza maniobras antidemocráticas para echar a los comunistas de los gobiernos; sea con vetos y presiones como en la Europa de la posguerra, sea con golpes de estado y el exterminio directo de las organizaciones revolucionarias como en Chile e Indonesia. Es decir, que la experiencia del largo siglo XX ha demostrado que llegar al socialismo por vías democrático-burguesas es simple y llanamente imposible.

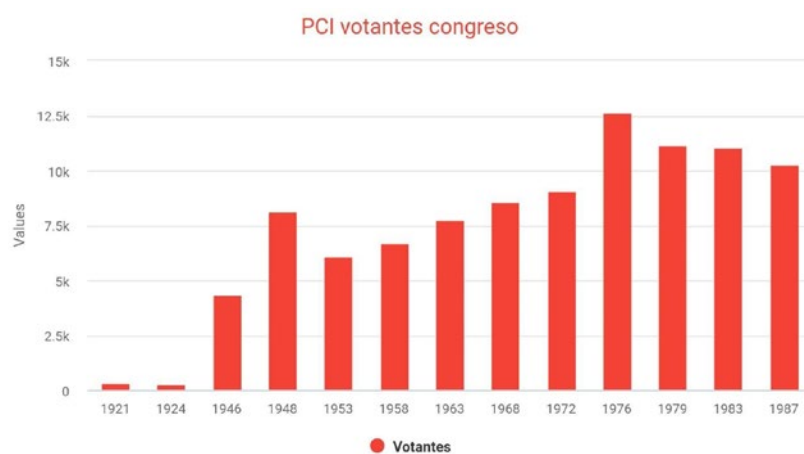


Gráfico 1: Número de votantes del Partido Comunista Italiano en las elecciones al congreso, 1921-1987. Fuente - Wikipedia.



Gráfico 2: Número de afiliados del Partido Comunista Italiano, 1921-1989. Fuente - Wikipedia.

CONCLUSIONES

Como conclusión, esta sencilla aproximación al estudio histórico cuantitativo de los procesos revolucionarios ha dejado claro que la cantidad relativa de miembros de los partidos comunistas no es el elemento determinante para la conquista del poder político, o al menos no como suele plantearlo el reformismo con el “99%” o “la mayoría” como supuesta condición indispensable para construir una fuerza política hegemónica. Es decir, la historia del comunismo tiene ejemplos empíricos que nos muestran que no es necesario conseguir una mayoría de votos en las elecciones burguesas para hacer la revolución socialista y que su triunfo no está sujeto a la cantidad de votos. Al contrario, hemos visto que la dimensión cuantitativa para la revolución no la dicta o marca el parlamentarismo, sino la técnica organizativa del proletariado en el Partido Comunista. Por tanto, es

una clara muestra de oportunismo el hecho de insistir con prejuicios como que las elecciones son “un medio para medir fuerzas” o que “hace falta una mayoría en las elecciones para hacer la revolución”.

En cuanto a la naturaleza del apoyo y el nivel de organización que obtuvieron los partidos comunistas, no puede explicarse por su participación electoral, sino por las diversas labores de educación política, agitación y lucha que llevaron a cabo bajo claridad teórica y coyuntural de la conciencia socialista. Es significativo que en Europa, el mayor auge organizativo de los partidos comunistas se dio bajo dictaduras fascistas donde no había elecciones, y que fuera de Europa, como muestra la experiencia china, los partidos comunistas se vieran fortalecidos principalmente en el contexto de luchas anticoloniales y guerras civiles contra estados imperialistas y sus títeres locales. ●

La historia del comunismo tiene ejemplos empíricos que nos muestran que no es necesario conseguir una mayoría de votos en las elecciones burguesas para hacer la revolución socialista y que su triunfo no está sujeto a la cantidad de votos

REFERENCIAS

[1] González Calleja, E. (2017) *Asalto al poder, La violencia política organizada y las ciencias sociales*. Siglo XXI de España Editores, Madrid, p.239

[2] *Ibidem*

[3] Korabliov, Y. (2023) *Lenin, Fundador de las fuerzas armadas de la URSS y creador de la ciencia militar soviética*. Ediciones Uno en dos, Madrid, pp. 17-28

[4] Ulianov, V.I. *El marxismo y la insurrección, carta al Comité Central del POSDR [b]*, 13 y 14 de mayo de 1917

[5] Neueberg, A. (2013) en *La insurrección armada*. Boltxe Liburuak, p.46

[6] Neueberg, A. (2013) *La insurrección armada*. Boltxe Liburuak, p.46. Cita original: Lenin, V.I. y Zinoiev, G. *Contra la corriente, tomo I*. pp. 148-149, Bureau d'Éditions, Paris

[7] Neueberg, A. (2013) *La insurrección armada*. Boltxe Liburuak, p.47

[8] *Ibidem*

[9] Neueberg, A. (2013) en *La insurrección armada*. Boltxe Liburuak, p.49

[10] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.154

[11] *Ibidem*

[12] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.155

[13] Lenin, V.I. (2023) *Sämtliche Werke X*, pág. 124, XIX, pág. 280, citado por Anweiler, O. en *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.154-155

[14] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.164

[15] Jarovslavskij, E. (2023) *Istorija VKP [b] IV Moscu-Leningrado 1930*, pág. 166, citado por Anweiler, O. en *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.164

[16] *Los bolcheviques y la revolución de octubre, Actas del CC del POSDR [b], [agosto 1917-febrero 1918]*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.118

[17] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.164

[18] *Ibidem*

[19] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, pp. 70-71

[20] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.192

[21] Mawdsley, E. (2017) *Blancos contra rojos, la Guerra Civil rusa*. Desperta Ferro Ediciones SLNE, Madrid, p.6

[22] Mawdsley, E. (2017) *Blancos contra rojos, la Guerra Civil rusa*. Desperta Ferro Ediciones SLNE, Madrid, p.5.

[23] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.192

[24] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.193

[25] Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.200

[26] Lenin, V.I. (2023) *Sämtliche Werke X*, pág. 62. Citado por Anweiler, O. en *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.194

[27] Stalin, J. (2023) *Werke III*, pág. 142. Citado por Anweiler, O. en *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.194

[28] Ol'minskij, M. (2023) *Ob ucreditel'nom sobranii Petersburgo 1917*, pág. 10. Citado por Anweiler, O. en *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid, p.194

[29] Fuente: Eley, G. (2003) *Un mundo que ganar*. Crítica, Barcelona, p. 180

[30] Fuente: Eley, G. (2003) *Un mundo que ganar*. Crítica, Barcelona, p. 291

BIBLIOGRAFÍA

Anweiler, O. (2023) *Los soviets en Rusia 1905-1921*. Ediciones Uno en dos, Madrid

González Calleja, E. (2017) *Asalto al poder, La violencia política organizada y las ciencias sociales*. Siglo XXI de España Editores, Madrid

Mawdsley, E. (2017) *Blancos contra rojos, la Guerra Civil rusa*. Desperta Ferro Ediciones SLNE, Madrid

Lenin, V.I. (2009) *El Estado y la revolución*. Público, Madrid

Los bolcheviques y la revolución de octubre, Actas del CC del POSDR (b), (agosto 1917-febrero 1918). Ediciones Uno en dos, Madrid, 2023

Neueberg, A. (2013) *La insurrección armada*. Boltxe Liburuak

Korabliov, Y. (2023) *Lenin, Fundador de las fuerzas armadas de la URSS y creador de la ciencia militar soviética*. Ediciones Uno en dos, Madrid



Decide

Texto — **Lurdes Ondaro**

Imagen — **Manubeltz**

Llega abril y trae consigo las elecciones al Parlamento Vasco. El decorado para el rito de cada cuatro años lleva tiempo encargado. Las calles se han llenado de carteles, en los que el candidato de turno se presenta con una pequeña sonrisa bajo un foco blanco. En otras ocasiones serio, transmitiendo confianza, sabe lo que hace. Quizás rodeado, cercanía. Debajo, en caracteres claros, “la hora del cambio”, “nuevo ciclo”, “pueblo”, “futuro”, “ahora”, algún verbo en primera persona del plural. No importa el partido político, todos hablan el mismo idioma. Las redes se han inundado de fragmentos de mítines, de promesas que dicen van a cumplir, de promesas que parecen haber cumplido (¡parar los desahucios!). Los telediarios se han llenado de visitas realizadas aquí y allá, de apretones de manos, falsas sonrisas, de ardientes recriminaciones entre unos y otros. Nada más que campaña electoral. Campaña electoral, y nada más. Teatro, casi rozando la parodia de sí mismo. Marketing, mercado electoral, ridículo absoluto.

La cotidianidad seguirá en el abismo entre lo que dicen y lo que es. En efecto, las elecciones representan la elección entre dos senderos que van en la misma dirección

Llega abril y trae consigo las elecciones al Parlamento Vasco. Domingo sagrado entre domingos. La fiesta de la democracia, el día en el que escucharán la voz de todos, la oportunidad de decidir. Oportunidad, y, a su vez, obligación. O eso parece. Yo, por lo menos, he tenido que escuchar a menudo: “Si no votas, luego no te quejes”. Otra versión: “Si no votas, luego no te alarmes por el auge del fascismo. ¿Es que prefieres a Vox?” Incluso hemos llegado a leer “Abstente tú, que ya decido yo. Bozkatzzen ez baduzu haiek irabaziko dute.” o “Que hable la mayoría, vota” en carteles.

Decidir. Bonita palabra, de significado aún más bonito. Acción que se lleva a cabo en libertad, genuino don y maldición de la madurez. No obstante, resulta difícil creer en ello en las inmediaciones de la campaña electoral. Pues sólo se aceptan cierto tipo de decisiones. Votar a uno o a otro, no hay otra elección posible. Esto es, no votar es pura irresponsabilidad, elección ilícita, ni siquiera una elección. Y en caso de no votar, parece que estés dando la legitimidad de hablar (¡decidir!) en tu nombre. Eso sí, si después criticas las acciones de los mandatarios, tú serás la responsable de todos los males: no hiciste nada cuando tuviste ocasión –por ejemplo, el 21 de abril-. Ya sabes, si las cosas han de cambiar, votar o no votar, esa es la cuestión.

Y no se puede estar más confundido, pero ese es otro tema. Lo que denuncia este pensamiento tan extendido es bastante interesante en sí mismo. Dibuja con detalle los límites de lo posible y de las formas de participar en política, las formas lícitas y las posibles. Votar, presentarse a las elecciones, lo que uno quiera: participar en la farsa y legitimarla. He ahí la manifestación suprema de la responsabilidad política –vota, actúa con responsabilidad-. Fuera de eso, la nada. Por otra parte, también emana una especie de superioridad moral hacia aquel que no ha votado –no seas perezosos-. En ocasiones parece que aquel que no vota deja de votar por una especie de inocencia, no sé, como por no haberse enterado. Parece que le ha faltado que alguno le explique detalladamente qué son las elecciones y lo importante que es que dé su opinión. Como si la única manera de decir algo pasase por introducir “EH Bildu” o “PNV” en una urna de cristal. Como si la indiferencia absoluta de amplias capas de trabajadores hacia la política parlamentaria no dijese nada. Como si no hubiesen escuchado el sonoro grito de los votos que faltan.

Llegará el 22 de abril y empezará por enésima vez la “hora del cambio”, el “nuevo ciclo”, el “futuro”, “ahora”. La cotidianidad seguirá en el abismo entre lo que dicen y lo que es. En efecto, las elecciones representan la elección entre dos senderos que van en la misma dirección. Proyectan la ilusión de ser un cruce de caminos, algunos caminos hacia arriba y otros hacia abajo, pero, aunque no se alcance a ver allende la maleza, 100 metros más adelante vuelven a encontrarse.

Menos mal que hemos decidido abrir nuevas sendas. Ya les costará hacer oídos sordos. ●

HISTORIA
REPORTAJE

Socialistas y votos: un repaso histórico de la cuestión del parlamentarismo

*

Nahia Santander



En este artículo se abordan los distintos posicionamientos hacia la cuestión del parlamentarismo y el estado burgués desarrollados en el seno de la tradición socialista. Para ello, se realiza una revisión histórica tanto de la constitución del orden parlamentario en los estados modernos y su relación con el programa político de la socialdemocracia clásica a finales del siglo XIX, como de la propuesta bolchevique respecto a la lucha por la “libertad política” y el programa democrático. Asimismo, se recoge brevemente el debate entre Lenin y los “comunistas de izquierda” en el contexto de la Internacional Comunista y su Segundo Congreso en 1920.

LOS PRIMEROS ORDENAMIENTOS PARLAMENTARIOS Y CONSTITUCIONALES

A lo largo de los últimos decenios del siglo XIX, los ordenamientos políticos existentes hasta el momento comenzaron a ajustarse paulatinamente a las instituciones legales y políticas del modelo liberal. Se incorporaron las normas parlamentarias y constitucionales que regirían la vida política de los estados modernos; normas que, a pesar de las tensiones y conflictos que no cesaron, demostraron una enorme capacidad para aportar estabilidad política. A partir de la década de 1870 se avanzó hacia una forma constitucional de gobierno. Fueron los años de la *belle époque*, en los que la sociedad burguesa visionaba con confianza su futuro: el desarrollo de la economía mundial no dejaba lugar al pesimismo, al contrario, favorecía admirar las posibilidades del desarrollo tecnológico y científico de los valores y expectativas históricas burguesas que, entre otras, confiaban en que las instituciones liberales y el imperio de la ley continuarían con su progreso secular. Ya entonces existían sistemas electorales basados en un desarrollo amplio del derecho al voto e incluso estaba instaurado el sufragio universal masculino para los parlamentos francés (Asamblea Nacional), alemán (*Reichstag*), suizo (Asamblea Federal) y danés (*Folketing*).

A pesar de promover la existencia de constituciones y asambleas soberanas elegidas, los gobernantes trataron por todos los medios de salvaguardar su control sobre la esfera reducida del poder político, valiéndose de un sinfín de fortificaciones

No obstante, en muchos otros estados el avance fue más moderado. En Reino Unido, las *Reform Acts* de 1867 y 1883 permitieron ampliar la base electoral del 8% al 29% entre los varones mayores de 20 años; en Bélgica, en el año 1894 lograron que el derecho al sufragio se extendiese del 3,9% al 37,3% de la población masculina adulta. Por otro lado, a pesar de promover la existencia de constituciones y asambleas soberanas elegidas, los gobernantes trataron por todos los medios de salvaguardar su control sobre la esfera reducida del poder político, valiéndose de un sinfín de fortificaciones. Por ejemplo, en el modelo recogido en la constitución imperial de Bismarck de 1871, se permitía que los hombres mayores de 25 años votaran a la Cámara Baja del Parlamento Alemán (*Reichstag*), pero los derechos constitucionales de dicha cámara eran limitados. No ejercía ningún control sobre el Jefe del Estado (que todavía mantendría el título de Emperador o Káiser). Este era un cargo hereditario que acumulaba amplios poderes, teniendo potestad también para nombrar al Jefe del Gobierno (*Canciller*). La división de poderes era superficial, ya que el Canciller era a su vez el presidente de la Cámara Alta (*Bundesrat*). Las segundas cámaras seguían estando formadas por cargos hereditarios en países como Prusia y Austria (La Cámara de los Señores o *Herrenhaus*), o Gran Bretaña (Cámara de los Lores o *House of Lords*). También se mantuvieron los sistemas de votos mediante colegios electorales especiales, que minimizaban el peso electoral de la población trabajadora o directamente la excluían, como era el caso de la Dieta finlandesa dividida en cuatro estados (caballeros, clero, terratenientes y burgueses). Persistieron de igual manera resquicios del sufragio censitario, con requisitos en forma de propiedad, contribución fiscal o alfabetización mínima en países como Bélgica, Italia y los Países Bajos, mientras que en Reino Unido siguió vigente la concesión de escaños especiales para las universidades.

De esta forma, los programas democrático-liberales de instaurar parlamentos unicamerales, electos por medio de sufragio directo, universal y secreto, continuaron siendo un horizonte político. El proceso de democratización había comenzado a conquistar la vida política en varios países del mundo occidental y parecía llamar a la puerta de otros tantos, incluyendo en él a la Rusia zarista, que a partir de la revolución de 1905 fue forzada a introducir mayores garantías parlamentarias y electorales.

EL DESPEGUE DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Esta introducción progresiva de marcos políticos democráticos de signo liberal se yuxtapuso al proceso de desarrollo industrial capitalista, que introdujo de forma masiva mano de obra preindustrial (sobre todo campesinado y artesano) en la dinámica productiva y produjo una concentración frenética de las clases trabajadoras en los nuevos centros urbanos e industriales. La expansión de una clase específica y opuesta a otros estratos sociales favoreció la aparición de un fenómeno político nuevo: los partidos obreros de masas con una organización nacional y existencia continuada, que podían centralizar sus fuerzas e influir en la esfera política, presionando a los gobiernos o desplegando su actividad en el terreno parlamentario.

A partir de la década de 1880 y 1890 la socialdemocracia apareció como movimiento político de masas a escala europea, aunque no por ello serían uniformes su relevancia e implantación social. En países con gobiernos constitucionales como Gran Bretaña o Francia, los partidos obreros tuvieron dificultades para convertirse en una fuerza política mayoritaria y superponerse a las lealtades republicanas y tradiciones liberales. Mientras que, a la inversa, la socialdemocracia demostró una enorme capacidad de adaptación a la clandestinidad y a la represión más extrema en los países del borde oriental de Europa (Rusia, los Balcanes y gran parte de la zona húngara de los Habsburgo). En la zona de habla alemana de Europa central y Escandinavia también conseguirían construir un fuerte núcleo socialdemócrata.

La introducción progresiva de normas parlamentarias, así como el fortalecimiento de mecanismos democráticos como la ampliación del derecho al voto, fueron acogidos con admiración por los socialdemócratas. El sufragio ampliado era nada menos que una de las “armas más afiladas” del proletariado, que permitiría a este entrar en mejores condiciones en un nuevo frente de lucha: la confrontación parlamentaria. Ganar posiciones en esta esfera podría significar arrancar reformas a los gobiernos, tanto de corte económico como legal, conquistar mayores garantías democráticas y derechos civiles, utilizar el propio parlamento como tribuna, desvelar las maniobras de las clases dirigentes y así llegar a nuevas capas, generar simpatías y conseguir ser una fuerza electoral cada vez mayor.

Los programas democrático-liberales de instaurar parlamentos unicamerales, electos por medio de sufragio directo, universal y secreto, continuaron siendo un horizonte político

Los mítines organizados, las manifestaciones cuidadosamente planificadas y las campañas electorales sustituyeron, más que planificaron, al levantamiento y la insurrección

El panorama era esperanzador. En muchos de los lugares donde se consiguió ampliar el sufragio los partidos socialdemócratas avanzaban decididos en el terreno electoral, un ascenso que no se limitó en absoluto a la experiencia más frecuentemente citada, la del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). El SPD reiteradamente se agenció resultados realmente espectaculares y llegó a convertirse en el partido más votado del Imperio Alemán –por ejemplo, en 1912 obtuvo el 34,8% de los votos–. En la zona austríaca del Imperio de los Habsburgo el Partido Socialdemócrata Austríaco (SPÖ) consiguió 1.040.000 votos y 87 representantes en las elecciones legislativas de 1907.

No obstante, este avance parlamentario presentaba límites claros. Primeramente, el tope de la misma aritmética electoral: ya en los años anteriores a 1914 se volvió patente que se había alcanzado el apoyo potencial que podían movilizar, siendo este en el mejor de los casos entre un cuarto y un tercio del electorado. Pero todavía más importante: la política del electoralismo de masas integró gradualmente a los partidos en el sistema. Los mítines organizados, las manifestaciones cuidadosamente planificadas y las campañas electorales sustituyeron, más que planificaron, al levantamiento y la insurrección; como demuestra el hecho de que los socialdemócratas alemanes y sus émulos austríacos aparecieran cada vez más reacios a cualquier acción extraparlamentaria que pudiera poner en peligro la estabilidad de sus organizaciones.

A pesar de esta práctica electoralista, la ortodoxia socialdemócrata era clara. Dado que, debido al limitado grado de poder que residía en las Cámaras Bajas una gran representación parlamentaria no garantizaba acceder al gobierno o a posiciones de influencia política, era coherente que la doctrina socialdemócrata se fundamentara en la máxima de no participar en el gobierno capitalista. Y, sin embargo, la actuación de los socialdemócratas no consistió en todos los casos en el boicot de la limitada política parlamentaria. En ocasiones, prestaron apoyo parlamentario a las iniciativas de los gobiernos burgueses y sus partidos. En Gran Bretaña el Partido Laborista, además de establecer una coalición electoral con el Partido Liberal ya en 1906, garantizó el apoyo al gobierno de este sin contrapartidas significativas para el movimiento obrero a partir de 1910. En Italia, el grupo parlamentario del Partido Socialista Italiano sostuvo gobiernos que mantuvieron una fuerte represión contra el movimiento sindical y los levantamientos campesinos y que avanzaron en la carrera colonial con la ocupación de Libia y la declaración de guerra a Turquía. Tal renuncia al principio de intransigencia hacia los partidos burgueses, lejos de ser excepcional, se convirtió en una práctica cada vez más recurrente entre los socialdemócratas, como demuestra que en reiteradas ocasiones se les ofrecieran carteras ministeriales en Francia, Italia o Suecia.

LA INTEGRACIÓN EN EL ESTADO CAPITALISTA

Hasta 1914 el rechazo a la participación en los gobiernos burgueses continuó siendo la norma, aunque no se cuestionara de igual manera su apoyo parlamentario. Entre tanto, asistidos por las condiciones favorables de un capitalismo en alza, los socialistas afrontaban confiados su futuro, inmersos en un contexto de garantías constitucionales cada vez más amplias, de reformas electorales o de legislaciones sociales más benévolas con la clase trabajadora (planes de seguridad social, pensiones de vejez, bolsas de trabajo, seguros de enfermedad y desempleo...).

Cuando finalmente estalló la Primera Guerra Mundial, el arraigo y las implicaciones de la dinámica de conciliación con el estado burgués quedaron al descubierto. La mayor parte de los socialdemócratas europeos se vinculó en “sagrada unión” con sus gobiernos y sus clases dirigentes. Formaron parte del consenso nacionalista que los diferentes estados esgrimieron para blanquear sus aspiraciones belicistas, y en nombre de la defensa de los intereses de la clase trabajadora propugnaron que defender la patria contra las agresiones extranjeras sería honrosamente compensado al terminar la guerra. Los socialdemócratas alemanes votaron repetidamente a favor de los créditos de guerra del gobierno alemán (una de las pocas decisiones que debía ratificarse en el *Reichstag*). Los socialdemócratas franceses, además de validar los presupuestos de guerra en el parlamento, ya a finales de agosto de ese mismo año entraron en el gobierno de la mano de los líderes del partido Marcel Sembat y Jules Guesde. Otros tres miembros del Partido Laborista (Arthur Henderson, William B. Brace y G. H. Roberts) aceptaron cargos gubernamentales.

Y, sin embargo, la actuación de los socialdemócratas no consistió en todos los casos en el boicot de la limitada política parlamentaria. En ocasiones, prestaron apoyo parlamentario a las iniciativas de los gobiernos burgueses y sus partidos

El desarrollo de la Revolución Rusa entre febrero y octubre de 1917 permite entrever dinámicas que lejos de ser locales caracterizarían la actitud socialdemócrata en las postrimerías de la guerra: el mantenimiento del orden en una situación insurreccional vendría de la mano de la incorporación al gobierno de las fuerzas socialdemócratas. El gobierno “octubrista-demócrata” resultado del levantamiento de febrero, al que los propios soviets en los que eseristas y mencheviques eran mayoritarios habían traspasado el poder, pronto entraría en una crisis política. Entonces, estos mismos partidos optaron por sostenerlo entrando en él. A pesar de haber mostrado una oposición de principio hacia la guerra (los mencheviques eran un grupo importante en el movimiento antibelicista de Zimmerwald), el Gobierno del que formaban parte reabrió en julio la ofensiva contra los alemanes y austríacos. Fueron cómplices de la barbarie militar que sufrían las clases trabajadoras y los campesinos pobres de Rusia y sistemáticamente dieron la espalda a los que habían sido los puntos centrales de su programa político: en el caso de los mencheviques, la celebración de la Asamblea Constituyente; en el de los socialistas revolucionarios, la solución de la cuestión campesina.

En cuanto a Alemania, en lugar de aprovechar la conflictividad obrera, el SPD se esforzó por encauzarla a través de los nuevos marcos constitucionales y amainar su radicalismo introduciendo algunas reformas sociales, mientras apuntalaban las bases del nuevo orden político. El partido pasó a formar parte del gobierno alemán a comienzos de octubre de 1918. Aceptaron favorablemente la transición que comenzó con la Reforma Constitucional de 1918, por la que Alemania se convertía en una monarquía parlamentaria. En noviembre de ese mismo año el Káiser Guillermo II se vio forzado a abdicar y el Canciller entregó su puesto de Jefe de Gobierno a Friedrich Ebert, líder de la mayoría socialdemócrata en el último *Reichstag*. Había que asegurarse la aceptación popular del nuevo gobierno provisional, lo cual consiguieron una vez que supeditaron a este la dirección de los consejos de obreros y soldados.

Las elecciones para la Asamblea Nacional celebradas en enero de 1919 dieron la mayoría de los votos al SPD (38%) seguido de los partidos de centro (Partido de Centro Católico y Partido Democrático), con los que formó un gobierno de coalición que se mantendría hasta las elecciones de 1920. Ebert sería nombrado Jefe del Estado hasta 1925 y varios líderes del SPD serían Presidentes de Gobierno hasta 1920. La socialdemocracia alemana, por tanto, sería un agente central en la nueva República de Weimar. Pero tras su política reformista se ocultaba un programa de reconstrucción de los fundamentos del estado capitalista: mantener la integridad de la administración pública y de la judicatura en el contexto insurreccional y reconstruir la capacidad represiva del estado mediante la formación de milicias de voluntarios (*Freikorps*).

El desarrollo de la Revolución Rusa entre febrero y octubre de 1917 permite entrever dinámicas que lejos de ser locales caracterizarían la actitud socialdemócrata en las postrimerías de la guerra: el mantenimiento del orden en una situación insurreccional vendría de la mano de la incorporación al gobierno de las fuerzas socialdemócratas

El SPD no sería el único partido socialdemócrata en formar parte del gobierno burgués al finalizar la guerra. Cuando a finales de noviembre de 1918 la dinastía de los Habsburgo fue destituida y el Imperio Austrohúngaro se hizo pedazos (los territorios húngaros y eslavos se constituyeron en estados independientes), los socialdemócratas austríacos se encontraron liderando una posible revolución democrática en los estrechos límites de las provincias austroalemanas. La socialdemocracia era la fuerza política principal del territorio, como refleja la votación de la Asamblea Constituyente en febrero de 1919, donde consiguieron ganar la adhesión de más de 1 millón de personas (el 40,75% de los votantes), con su apoyo fuertemente concentrado en Viena. Los socialdemócratas optaron por una coalición nacional junto a los socialcristianos y los pangermanos, en aras de reforzar la nueva república parlamentaria. Sin embargo, su papel de dirigentes del nuevo Estado austríaco duraría unos pocos meses; pronto dejarían su lugar al gran partido socialcristiano.

Sin embargo, el verdadero alcance de las conquistas sociales y políticas que facilitaron los socialdemócratas ha de medirse en relación con la posibilidad de avance revolucionario que había engendrado el contexto de la postguerra. La radicalidad política de las clases trabajadoras había ido en aumento desde antes del cierre del conflicto. Había alcanzado a diversos sectores de la sociedad: trabajadores asalariados y desempleados, campesinado pobre e incluso soldados del ejército. En lugares como Hungría (21 de marzo-1 de agosto) y Baviera (7 de abril-15 de abril), durante 1919, los trabajadores constituyeron su forma de organización política y social independiente, las repúblicas de consejos. Mientras tanto, los líderes socialdemócratas, temerosos del avance del proletariado, se apresuraron a contener su voluntad de cambio en el estrecho marco de la democracia parlamentaria y el nuevo estado burgués.

Sólo la tendencia política bolchevique se mantuvo intransigente hacia el colaboracionismo con los partidos burgueses y supo desarrollar la revolución burguesa iniciada en febrero de 1917 hacia la constitución de un poder político nuevo en manos del proletariado y del campesinado pobre a través de los consejos, que llevaría a cabo la transformación socialista. La Revolución de Octubre proporcionaría la experiencia política más avanzada del proletariado y actuaría entre los sectores políticamente conscientes como catalizador del rechazo que desde tiempo atrás habían comenzado a sentir hacia la línea política de la socialdemocracia y sus líderes colaboracionistas.

El verdadero alcance de las conquistas sociales y políticas que facilitaron los socialdemócratas ha de medirse en relación con la posibilidad de avance revolucionario que había engendrado el contexto de la postguerra





LA EXPERIENCIA BOLCHEVIQUE

La comprensión de la Revolución de Octubre y, en especial, de su proceder respecto al parlamento y las instituciones políticas burguesas exige remontarse al proceso de constitución del bolchevismo como propuesta política singular.

La tarea de organizar un gran partido socialdemócrata de masas que actuara en un contexto carente de derechos políticos y garantías civiles fue la forma que adoptó la primera fase de la revolución en el Imperio Ruso. En ese proceso, fue necesaria la revisión crítica de la anterior generación revolucionaria (los *narodniki* y distintos grupos terroristas); aunque, si quería sobrevivir a la represión, habría de mantener necesariamente algunas de las características conspirativas propias de sus antecesores revolucionarios. Adicionalmente, en contra de lo que propugnaban sus adversarios economicistas, Lenin defendería que la lucha por la emancipación económica del proletariado tenía que ser una lucha política. Sin la conquista de ciertos derechos políticos y libertades civiles (libertad de discusión, de reunión, de prensa...), cualquier avance en materia económica sería ilusorio, puesto que las clases trabajadoras permanecerían impotentes ante los asuntos del estado y su administración, presos de la arbitrariedad zarista.

En este sentido, la defensa de la libertad política (equiparada a la instauración de una democracia burguesa que pondría término al régimen del zar) ocupó un lugar central en el programa bolchevique. Sin embargo, en contraposición a sus homólogos europeos, no cifraron sus esperanzas en la democratización burguesa. La abolición de la autocracia y la instauración de un gobierno constitucional iba de la mano de la comprensión de que bajo el capitalismo la completa democratización de la esfera política es imposible y que, entre los estratos sociales, sólo el proletariado tiene un interés incondicional en alcanzarla completamente y avanzar hacia ella.

Este posicionamiento guió la actividad bolchevique durante los años de la revolución de 1905-1907. La facción denunció que la propuesta de instauración de la llamada *Duma Buliguin* (un organismo consultivo adjunto al zar) no se correspondía con las aspiraciones democratizadoras que habían estallado en la sociedad rusa en forma de huelga, y que su confrontación en forma de boicot permitiría avanzar pasos hacia la conformación de un régimen constitucional. Sin embargo, una vez habiendo conquistado unas mínimas garantías democráticas y constitucionales (como la posibilidad de voto, aunque de forma muy limitada, de las clases trabajadoras y campesinas), el parlamento proporcionó a los bolcheviques un nuevo terreno para la propaganda política y la lucha ideológica.

La abolición de la autocracia y la instauración de un gobierno constitucional iba de la mano de la comprensión de que bajo el capitalismo la completa democratización de la esfera política es imposible y que, entre los estratos sociales, sólo el proletariado tiene un interés incondicional en alcanzarla completamente y avanzar hacia ella

Esa fue la posición que Lenin defendió ante las tendencias izquierdistas que se gestaron en el seno del bolchevismo durante 1907. Ello no significaba rendirse a la dinámica parlamentaria, al juego electoral o a la carrera de escaños; tampoco hacer concesiones al resto de los partidos no-socialdemócratas, ni intercambiar la estructura clandestina del partido por su caparazón parlamentario y legal. Al contrario, significaba mantener cualquier resquicio habilitado para la batalla cultural e ideológica, incluso en el reaccionario entorno de la Tercera (1907-1912) y Cuarta Duma (1912-1917); hasta que la fuerza política del proletariado hubiera alcanzado la potencia necesaria para disolver el parlamento burgués. Así, en el momento determinante, la incapacidad del Gobierno Provisional para poner fin a los males que golpeaban a la clase trabajadora permitió a los bolcheviques obrar de manera contraria a la de los socialdemócratas europeos y rusos, actuando en pos de la elevación de los Soviets de Obreros y Campesinos a órganos de administración política de la sociedad, erigiéndose en la clase políticamente dirigente. La constitución de julio de 1918 de la nueva República Socialista pretendía hacer realidad los principios democráticos del derecho universal a la elección y control de representantes políticos a través de los delegados de los soviets y de la libertad de expresión y de reunión para los trabajadores.

Ello no significaba rendirse a la dinámica parlamentaria, al juego electoral o a la carrera de escaños; tampoco hacer concesiones al resto de los partidos no-socialdemócratas, ni intercambiar la estructura clandestina del partido por su caparazón parlamentario y legal

LA REACCIÓN DEL COMUNISMO DE IZQUIERDAS

La Tercera Internacional creada oficialmente en marzo de 1919 tendría como objetivo avanzar en el proceso revolucionario, aportando para ello a los comunistas europeos un cuerpo doctrinal independiente, unificado y libre de la influencia de los socialchovinistas y centristas. El Segundo Congreso de la organización internacional, celebrado durante verano de 1920, pondría a la orden del día el debate sobre las formas de lucha. Durante los meses anteriores, habían ganado relevancia grupos de comunistas que rechazaban actuar en frentes que consideraban propios de los corrompidos líderes socialdemócratas: la esfera parlamentaria y los sindicatos mayoritarios. Si bien no habían perdido la simpatía de Lenin, ni la esperanza de acercarlos a sus filas, fueron convirtiéndose en un problema político a medida que se constituyeron en facción independiente en el cuerpo de la Tercera Internacional.

Estas ideas estuvieron presentes en Alemania desde la formación del Partido Comunista Alemán (KPD) y su posterior escisión (KAPD); en el PSI encabezadas por el “grupo comunista abstencionista” de Amadeo Bordiga; entre los tribunistas holandeses (Herman Gorter, Anton Pannekoek); entre los grupos socialistas de izquierdas y sindicalistas británicos (con figuras como Sylvia Pankhurst y William Gallacher); y en Francia cristalizadas en el Comité por la Tercera Internacional (Fernand Loriot) y grupos sindicalistas revolucionarios (Raymond Pericat). Los comunistas húngaros Bela Kun y Georg Lukács también harían de líderes ideológicos de esta tendencia. Tales grupos consiguieron un cuerpo organizativo propio, los llamados Bureaus de Amsterdam y Viena, que debían funcionar como nexo entre ellos y el Comité Ejecutivo de la Internacional en Moscú y establecer contactos con los movimientos obreros en la zona de Europa Central y meridional. La revista semanal *Kommunismus* sería uno de sus principales órganos.

El conocido opúsculo de Lenin, *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo*, fue escrito precisamente en este contexto. Con él, su autor interpelaba a los delegados comunistas que acudirían al Segundo Congreso. Buscaba ofrecerles de manera pedagógica y comprensible la síntesis de décadas de experiencia revolucionaria y aclarar concepciones erróneas sobre la relación entre el bolchevismo y la cuestión parlamentaria o sindical. A nivel ideológico el debate continuó durante la reunión internacional de verano de 1920 y después con la réplica de Gorter a las decisiones del congreso en forma de *Carta Abierta*. La diferencia de opinión entre los comunistas no se trataba de una novedad: los bolcheviques estaban entrenados en el arte de la discusión y el choque de ideas, y el trueque de resoluciones y panfletos les era familiar.

Los bolcheviques no querían poner en riesgo el despliegue potencial de los partidos comunistas europeos que fueron haciendo su aparición en los meses siguientes al congreso, por lo que tenían que evitar a toda costa el desarrollo de las prácticas sectarias que, bajo distintas formas, proponían los comunistas de izquierdas. Por ello, a la clarificación ideológica le acompañó una maniobra organizativa consistente en la desarticulación de los Bureaus de Europa central y meridional y el cambio del grupo redactor de la revista *Kommunismus*, en la que Gorter y Pannekoek escribieron por última vez en el número décimo. El siguiente ejemplar llevaría en sus páginas un artículo de Lenin contra las posiciones antiparlamentaristas de Bela Kun y Georg Lukács, con el que se finalizaba una etapa de lucha teórica y política contra una desviación en el seno del comunismo. ●

Los bolcheviques no querían poner en riesgo el despliegue potencial de los partidos comunistas europeos que fueron haciendo su aparición en los meses siguientes al congreso, por lo que tenían que evitar a toda costa el desarrollo de las prácticas sectarias que, bajo distintas formas, proponían los comunistas de izquierdas



BIBLIOGRAFÍA

Para una lectura del contexto de constitución de los primeros ordenamientos parlamentarios y constitucionales en Europa:

Eley, G. (2002). *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Crítica
Hobsbawm, E. (1998). *La era del Imperio, 1875-1914*. Crítica

Para profundizar en el desarrollo nacional de los partidos socialdemócratas en Europa en este período:

Cole, G. D. H. (1959-1961). *Historia del Pensamiento Socialista, vol. III-V*. Fondo de cultura económica
Droz, J. (1979). *Historia General del Socialismo, volumen II*. De 1875 a 1918. Ediciones Destino

Para una historia sintética de la revolución rusa:

Carr, E. H. (1981). *La revolución rusa: de Lenin a Stalin (1917-1929)*. Alianza Editorial

Para la doctrina bolchevique, su concepción de la revolución, el concepto de partido y la cuestión de la libertad política:

Krausz, T. (2015). *Reconstructing Lenin. An Intellectual Biography*. Monthly Review Press
Lih, L. T. (2011). *Lenin*. Reaktion Books
Nimtz, A. H. (2014). *Lenin's Electoral Strategy. From Marx and Engels through the Revolution of 1905. The Ballot, the Streets -or Both*. Palgrave Macmillan

Para el desarrollo de la Tercera Internacional, el contexto del Segundo Congreso y una presentación de las facciones comunistas de izquierdas:

Hulse, J. W. (1964). *The Forming of the Communist International*. Stanford University Press
Lazitch, B. y Drachkovitch, M. M. (1972). *Lenin and the Comintern*. Hoover Institution Press

Publicación

ABRIL 2024

EUSKAL HERRIA

**Coordinación,
redacción**

y diseño

GEDAR LANGILE

KAZETA

Web

GEDAR.EUS

Redes sociales

TWITTER E

INSTAGRAM

@ARTEKA_GEDAR

Contacto

HARREMANAK@

GEDAR.EUS

Suscripción

GEDAR.EUS/

HARPIDETZA

Edición

ZIRRINTA

KOMUNIKAZIO

ELKARTEA

AZPEITIA

Depósito Legal

D-00398-2021

ISSN

2792-453X

Licencia





arteka